

CARUCERO

1971







~~R-6925~~

Tejuel. 3321

**EL LAGO  
DE CARUCEDO**

POR

**D. Enrique Gil y Carrasco**



**LEÓN**  
Imp. de Maximino A. Miñón  
1890



N-H 3147  
R 2167 (AL)

D.



## EL LAGO DE CARUCEDO (\*)



(TRADUCCIÓN POPULAR.)

### INTRODUCCIÓN.

Hácia los confines del fértil y frondoso Bierzo, en el antiguo reino de León, siguiendo el curso del limpio y dorado Sil, y detrás de la cordillera de montañas que su izquierda margen guarnecen, dilátase un valle espacioso y risueño, enriquecido con los dones de una naturaleza pródiga y abundante, abrigado de los vientos y acariciado del sol. Tendido y derramado por su centro, alcánzase á ver desde la ceja de los vecinos montes un lago sereno y cristalino, unido y terso á manera de bruñido

---

(\*) Publicado en el *Semanario Pintoresco Español* en Julio de 1840.

espejo, en cuyo fondo se retratan los lugares edificados en las laderas del contorno, esmaltados y lucidos con sus tierras de labor rojizas y listadas de colores; los navales en flor que parecen menear en el espacio sus flotantes y amarillas cabelleras, como otras tantas nubes de gualdas, y los blancos campanarios de las iglesias, que la ilusión óptica producida por la blanda oscilación de las aguas convierte á veces en delgadas, altísimas y frágiles agujas.

Tan agradable perspectiva sube de punto y embellecese más y más según se va acercando el observador, porque los cortes y senos de las colinas que rodean el lago forman bahías y ensenadas ocultas, donde las aguas parecen aun más adormidas y quietas, y donde se perciben inmóviles y como encallados barquichuelos del país, que no este nombre sino el de *canoas* merecían, pues que se reducen á dos troncos desbastados y huecos, groseramente labrados, unidos y sujetos por dos travesaños, sin proa, sin vela, sin quilla y hasta sin remos la mayor parte. Entre norte y ocaso leván-



tase la pequeña aldea de *Lago* sobre un altozano de suavísima inclinación que parece bajarse á beber las ondas, y sus casas pequeñas y revocadas por defuera se miran como otros tantos cisnes en la rada que por allí entra en tierra un buen espacio. Crecen en sus huertos y en los del vecino pueblo de Villarrando, situado un poco más arriba, frescos y hojosos árboles que dibujándose en la líquida llanura á raíz de las cuestas y cimas áridas y negruzcas del *Monte de los Caballos*, que toda aquella ladera domina, le dan toda la apariencia de un bello y deleitoso cuadro encerrado en un marco oscuro.

Por el lado del Oriente está asentado el pueblo de *Carucedo* en una fértil cuando angosta llanura, y en la misma dirección y sobre las crestas de los montes más lejanos se distinguen las almenas y murallas del *Castillo de Cornatel*, casi colgado sobre precipicios que hielan de espanto, verdadero nido de aves de rapiña, que no mansión de barones y caballeros antiguos.

Los viñedos, sotos y sembrados del pue-

blo llegan hasta las *Médulas*, famosas en tiempo de los romanos por las minas abundantísimas de oro que abrieron y explotaron en su término, y de las cuales se conservan maravillosos restos; y cerca de sus últimas casas y siguiendo la orilla meridional del lago campean grupos de venerables, seculares y bellísimas encinas, cuyas ramas, cual si estuvieran abrumadas de recuerdos, bajan en festones y colgantes por demás vistosos, á modo de árboles de desmayo ó de guirnaldas verdes y lustrosas; las montañas que caen hácia aquella mano están algo más desviadas, y á diferencia de las que enfrente se encumbran, por donde quiera y hasta en la punta más enriscada de los peñascos hacen alarde de gruesos a'cornoques, robles corpulentos y menguados madroños. Por la parte occidental sujetan las aguas unos áridos y descarnados peñascales, y un poco más allá extiéndense largas filas de castaños y nogales que rematan la orla del lago y hacen en el estío perpetua y deleitable sombra.

Si á esto se añade que multitud de lavancos azulados, de descoloridas gallinetas y otras mil aves acuáticas nadan en ordenados escuadrones por la sosegada y reluciente llanura; si se juntan y agrupan en la imaginación el humo de las calderas que de ordinario arden al rededor; el trinar y el revolar de los pájaros, los rumores de los ganados, los cantares vagos y casi perdidos de los barqueros y pastores, y toda la quietud de aquella vida pacífica, concertada, altiva y dichosa, fácil será de adivinar que pocos paisajes alcanzan á grabar en el alma imágenes tan apacibles y halagüeñas como el *lago de Carucedo*.

Era una tarde serena de las últimas de Marzo, en que el sol se acercaba á más andar al término de su carrera, cuando un viajero joven, que largo tiempo había estado contemplando con embebecimiento tan rico panorama, entró en una barca donde armado de su largo palo le aguardaba un aldeano de las cercanías, mozo y robusto. Dificil cosa sería deslindar ahora y señalar camino al confuso tropel de imaginaciones

que se disputaban la atención de nuestro viajero; y en verdad que nada tenía de extraño el ademán de distracción apasionada y melancólica en que iba sentado á la punta de aquella primitiva embarcación. Estaba el cielo cargado de nubes de nácar que los encendidos postreros rayos del sol orlaban de doradas bandas con vivos remates de fuego: las cumbres peladas y zombrias del *Monte de los Caballos* enlutaban el cristal del lago por el lado del Norte, y en su estremidad occidental pasaban con fantasmagórico efecto los últimos fuegos de la tarde por entre los desnudos ramos de los castaños y nogales, reberverando allá en el fondo un pórtico aéreo y milagroso de espléndidas é imaginarias tintas, matizado y de prolija y maravillosa crestería enriquecido.

Las manadas de aves acuáticas retirábanse en buen concierto, y calladas como el sepulcro: el ángel de los ensueños dulces y virtuosos había enfrenado las armas más sutiles, y apagado todos los ramores del día, cual si brindase al mundo un sueño

de paz en su lecho de sombras y perfumes; y una estrella pálida y sola que por cima del casi borrado castillo de Cornatel había comenzado á despuntar en el confin más remoto del Oriente, cárdeno y confuso á la sazón, venía á embellecer aquel indefinible cuadro con la esperanza de una noche pura y estrellada.

El lago iluminado por aquella luz tibia, tornasolada y fugaz, y enclavado en medio de aquel paisaje tan vago, tan agraciado y tan triste, más que otra cosa parecía un camino anchuroso, encantado, solitario, místico y resplandeciente, que en derechura guiaba á aquel cielo que tan claro se veía allá en su término, y que cruzaba la imaginación en su desosegado vuelo, complaciéndose en adornarlo con sus galas más escogidas, y en colorarlo con sus más hermosos matices.

Delante de tantas maravillas y á solas con una naturaleza tan tierna, tan virginal y misteriosa, ¡qué mucho que los pensamientos de nuestro viajero flotasen indecisos y sin contorno, á manera de espumas,

por aquellas aguas sosegadas! ¡Qué mucho que su corazón latiese con ignorado compás, si por dicha se acordaba (y así era) de haber visto el mismo país en su niñez, cuando su corazón se abría á las impresiones de la vida, como una flor al rocío de la mañana, cuando era su alma enteramente campo de luz y de alegría, vergel oloroso en que el rosal de la esperanza daba al viento todos sus capullos, sin que la tempestad de las pasiones le hubiese llevado la más liviana hoja, sin que la lava del dolor hubiese secado el más tierno de sus tallos! Hay ocasiones en que siente el hombre desprenderse de este suelo y elevarse por los aires la parte más noble de su ser, y en que arrebatado á vista de un crepúsculo dudoso, de un cielo claro y de un lago adormecido, con los ojos húmedos y levantados al cielo y con el pecho lastimado, prorrumpe y dice con el tiernísimo y divino Fr. Luis de León:

«Morada de grandeza!  
¡Templo de claridad y hermosura!  
El alma que á tu alteza  
Nació, ¿qué desventura  
La tiene en esta cárcel baja, oscura?»

Al tercer verso de tan sentida endecha, llegaría nuestro buen viajero, cuando la voz desapacible del barquero le atajó en su vuelo celestial diciéndole:

«¡Ah, señor! mire; allí por bajo de *Lago* hubo e en otro tiempo un convento.»

Aunque no muy satisfecho el joven de ver así cortado el hilo de sus pensamientos, miró fijamente al barquero, y como viese pintado en su rostro un vivo deseo de contarle algo más acerca del convento inundado y sorbido por las aguas, le contestó:

—Vamos, tú sabes algo de ese cuento, y te lo he de agradecer si me lo refieres.

—Yo, la verdad que le diga, repuso el barquero, no le sé toda la historia; pero si quiere deprenderla, mi tío don Atanasio, el cura, dejónos un proceso muy grande, de

su letra todo, que trae cuanto pasó por menudo.

—Pero, vamos, le replicó su compañero; tú algo has de haber oído por fuerza, y eso es lo que te digo me digas.

Encaróse con él entonces el barquero y estuvo examinándole un buen rato, cual si á sí propio se preguntase si detrás de aquella levita abotonada, de aquel corbatín y aquella gorra, no habría escondida tal cual punta de ironía y de burla. Por desgracia, el viajero que encontraba no poco de cómico en semejante examen, hubo de dejar asomar á sus labios una ligera sonrisa, con que, desconcertado y mohino el barquero, le dijo con aire de enojo:

—Yo no le puedo decir más, si no que por un pecado muy grande se anegó todo esto.

—Pues vaya, repuso el otro, endereza hácia la orilla, que los papeles de tu tío me lo declararán sin duda mejor.

Vogaron, con efecto, hácia allá; amarró su *piragua* el aldeano, y tomando la vuelta de *Carucedo*, volvió á poco rato con los



papeles de su tío el cura, diciendo al viajero:

—Si los quiere, ahí los tiene, porque en casa sólo sé leer yo, y escribir también, añadió con énfasis, que aun voy poniendo mi nombre; pero como mi tío tenía cuasi revesada la letra, cansanseme mucho los ojos. Además, que el diablo cargue conmigo si algunas veces le entiendo una jota de cuanto dice.

Agradeciole el viajero el presente con corteses razones, y, sobre todo, con un cortés peso duro que hizo reir el alma del paisano; el cuál, dando un millón de vueltas en la mano á su sombrero de paja, y deseando á su compañero mil años de vida con un cumplimiento muy prolijo y enroscado, sin duda para probar que sabía algo de letras, se fué más contento que el día que estrenó sus primeros zapatos.

Parociole á nuestro viajero por extremo curioso el manuscrito, y acortando ciertas sutilezas escolásticas que el buen don Atanasio no había economizado á fuer de teólogo, lo adobó y compuso á su manera.

Como es muy amigo nuestro y sabemos que no lo ha de tomar á mal nos atrevemos á publicarle.

I.

LA PRIMER FLOR DE LA VIDA.

Fuéme la suerte en lo mejor avara,  
Sombras fueron de bien las que yo tuve,  
Escuras sombras en la luz más clara.

HERRERA.

A últimos del siglo XV alzábanse todavía las torres del monasterio de monjes Bernardos, llamado San Mauro de Villarrando, en el recodo que forma en el día el lago de Carucedo por entre Norte y Ocaso, y á la jurisdicción y señorío de su abad estaban sujetos los pueblos de aquel contorno. Sin embargo, tenían á buena dicha vivir bajo tan blando yugo, porque era su señor un santo hombre lleno de caridad y evangélicas virtudes, hasta tal punto que en toda aquella turbulenta época las demasías del

poder no habían costado una lágrima á ninguno de aquellos vasallos.

Contábanse dos entre ellos afortunados sobre todos y felices, porque se amaban con el primer amor, y no parecía sino que para eso solo los había juntado allí la suerte, pues que ninguno había nacido en aquellos fértiles valles, y además un misterio impenetrable envolvía en densas sombras el origen de entrambos. Del joven, que tenía por nombre *Salvador*, solo sabía que siendo aun rapazuelo y con no poco recato, había llegado á la portería de San Mauro en compañía de un viejo, al parecer escudero, y desde entonces, y sin otra recomendación que una carta sigilosa para el abad, habíase criado á la sombra de aquellos claustros, siendo por sus buenas partes y generosa índole el amor de los religiosos, y en especial del venerable Fr. Veremundo Osorio, su santo prelado. Había cobrado éste un cariño verdaderamente paternal al joven *Salvador*, y ora dimanase de esta sola causa, ora ajustase su conducta á las reglas de la ya mencio-

nada epístola, lo cierto es que no contento con emplear la aplicación de su discípulo en diversos estudios, amaestrábale además en toda clase de ejercicios guerreros, y echaba en su alma los cimientos de un cumplido caballero y buen soldado. Y era así, porque en verdad nunca alma más noble animó tan varonil y hermosa figura; nunca corazón más valeroso latió en el pecho de un hombre. Tachábanle, sin embargo, los que le trataban de adusto y desabrido en ocasiones: pero nadie se lo llevaba á mal, porque los más discretos achacábanlo al misterio de su vida, y los demás disculpaban estas mudanzas de genio con los vaivenes propios de todo carácter apasionado y ardiente.

El origen y calidad de *María*, que así se llamaba la doncella que amaba nuestro Salvador, no era menos oscuro ni dudoso, allí había llegado con una anciana, de nombre Ursula, que se decía su madre, y estas dos mujeres, como si se creyesen seguras en aquel apartado rincón de la tierra, habíanse establecido en el pueblo

de Carucedo, comprando en su término algunos bienes, y además un escaso rebaño que la joven María apacentaba en aquellos r. cuestos. Salvador, que sin tregua perseguía á los animales montaraces, la vió y amó en la soledad: y esta pasión, que como una flor crecía al manso ruido de las cascadas, y entre el murmullo de las arboledas, tornóse con el tiempo árbol poderoso que echó en el corazón de entrambos profundísimas raíces.

Sin embargo, estos amores que en boca de todos andaban, no llegaron á oídos del anciano Osorio tan pronto como era de esperar, merced al recogimiento de su vida; pero la habitual y melancólica distracción en que vino á caer su discípulo, su hijo querido no tardó en revelarle que alguna profunda espina estaba enclavada en su corazón. Porque es de notar que el alma de nuestro Salvador, sedienta de cariño y de ternura, no se entregaba con todo á las bellas y alegres esperanzas de que sembraba el porvenir la inocente y crédula María; antes bien acostumbrado á

la soledad y silencio del claustro, imaginativo y grave de condición, y abrumado además con el secreto de su nacimiento, secreto fatal que hasta cumplir los veinticinco años no era lícito arrancar á cierto misterioso papel que el abad guardaba; en su corazón alternaba el resplandor de la dicha con las sombras de la duda y de la incertidumbre, y un millón de recelos á modo de aves agoreras, poblaban siempre el camino de sus pensamientos. Combatido de tactos y tan dolorosos vaivenes, amaba, no obstante, cada día más, porque si es dulce cosa el amor á los veinte años, para un corazón llagado de amargura se convierte en un consuelo inefable y celestial. Como quiera, el buen Osorio, que solo había llegado al puerto de quietud al través de los escollos y tormentas de las pasiones, leía harto claro en la frente de aquel joven el origen de su tristeza y la lucha de encontrados afectos que se disputaban su espíritu. Las semillas de virtud y de honor que en él había derramado con mano pródiga, y que ya comenzaban á dar tan

abundantes como sazonados frutos, ponían su alma al abrigo de toda inquietud en punto á los intentos de Salvador; porque bien sabia que sus sentimientos podrían acarrearle en buen hora la desdicha, nunca, empero, la deshonra: no obstante, deseoso de sondear su llaga, y aun de remediarla, si ya no es que llegaba tarde, en un largo paseo que dieron un día al caer el sol, por la huerta del monasterio, tendida á la sazón por el espacio que ocupan hoy las aguas del lago, sin duda hubo de sacar á plaza tan delicado asunto, porque la conversación fué larga, agitada y misteriosa. Volvían ya lentamente á la abadía, cuando antes de entrar se oyó que Salvador decía con respeto al abad:

—Sí, padre mío; cuanto me habéis dicho, antes me lo he dicho yo; el sacrificio que de mi entereza reclamáis, ya hace tiempo que lo tengo yo resuelto, porque bien sé que el honor es de más subido precio que la felicidad y que la vida, y ese mísero honor y la veneración filial que os debo, me mandan aguardar el fallo del

terrible papel; pero dejar de amarla es imposible, añadió con violencia, y más imposible aun que vos me lo ordenéis. Su amor es para mí como la luz, como el aire, como la libertad, y no tengo más corazones que á mí se inclinen, que el de un viejo cercano ya del sepulcro, y el de un ángel que me abre las puertas de la vida. Mirad, el otro día soñé que un guerrero me la robaba, y cuando desperté, me vi en pie en mitad de mi aposento, con los cabellos erizados y en la mano mi cuchillo de monte, con el cual buscaba el corazón de mi enemigo.

El buen abad moneó entonces la cabeza suspirando y apoyándose en el brazo de Salvador, entraron los dos muy despacio por un embobedado y estrecho pasadizo que guiaba á la escalera principal, donde se separaron.

Larga y desvelada fué aquella noche para el enamorado mancebo, que apenas vió los primeros destellos de la aurora blanquear en el Oriente, con el arco á la espalda y su fiel cuchillo al lado, tomó la vuelta de



las Médulas en busca de una deliciosa hondonada donde solía ir María á apacentar su hato. Formaban los peñascos de alrededor una especie de media luna vestida de encinas enanas, de desnudos alcornos y de urces en flor, y en una fresca gruta que en el costado derecho se descubría, entapizada de musgo y de olorosas violetas, estaba sentada la bella pastora, fresca y galana sobre todo encarecimiento. Las líneas purísimas de su ovalado rostro, sus rasgados ojos negros llenos de honestidad y de dulzura, su frente, blanca y apacible como la de un ángel, la nevada toca que recogía sus cabellos de ébano, el airoso dengue encarnado que ligeramente sonroseaba su cuello de cisne, y su plegada y elegante saya, le daban una apariencia celestial.

En aquel momento debía pensar sin duda en sus amores, pues acariciaba con distraída mano á su leal perro, y estaba casi melancólica de puro feliz. Desarrugose al verla la frente del gallardo cazador, y apresuradamente se acercaba á su encuen-

tro, cuando por cima de las rocas que enfrente de la gruta se extendían, acertó á mecer el viento una pluma de águila. Parose entonces y mirando con cuidado, sintió que la daba un vuelco el corazón al ver debajo de la pluma un gorro de ricas pieles, y debajo del gorro un semblante adusto y desabrido que con ojos codiciosos devoraba desde allí las gracias de la descuidada niña. Conocióle al punto Salvador, que harto conocido habían hecho á aquel hombre sus desafueros por todas las cercanías: pensó en su sueño, requirió su puñal, y de sus labios se escaparon confusamente no sé qué palabras, que así parecían arrancadas por una momentánea cólera, como hijas de una resolución firme, inexorable y duradera. Entonces fué cuando los ojos del desconocido se encontraron con los suyos, y viendo aquel varonil y denodado semblante que con tanto ahinco se encaraba, bajó lentamente de su risco, lanzándole antes una mirada de despecho. Internose después en la espesura, y á poco rato se oyó el son lejano y confuso de un

cuerno de caza que tocaba á recoger los dispersos cazadores.

Púsose á pensar entonces en su situación nuestro valiente mozo, y como por una inspiración súbita se le viniesen de tropel á la memoria ciertas palabras sueltas y terribles de la anciana Ursula, que revelaban no sé qué misterios de persecución y amargura, resolvióse á dar parte de este suceso al venerable Osorio antes que á nadie: pero como su corazón, acostumbrado á mostrarse todo entero á los ojos de María, difícilmente podría rescatarle el nuevo secreto que le abrumaba, resolvióse á no hablarla en aquel día. Por otra parte, ocupaban su imaginación nuevos recelos é inquietudes: así fué que se quedó rondando á manera de vigilante sabueso hasta la caída de la tarde, en que su amada, recogiendo sus ovejas, se encaminó al pueblo, no sin mirar muchas veces con desasosiego y tristeza alrededor, cual si se viese burlada en alguna dulce esperanza. Siguióla á los ojos su apesarado amante, hasta que la vió desaparecer bajo las encinas que ador-

nan la entrada de Carucedo, y en seguida aceleró el paso hasta llegar á la abadía.

Era la hora del crepúsculo vespertino, y aunque había aun bastante claridad en el aire, ya los objetos lejanos iban perdiendo sus contornos, envueltos en los primeros vapores de la noche: solo el castillo de Cornatel, gracias á las líneas rigurosas de sus muros, y á su situación que le hacía descollar sobre el fondo obscuro de los montes lejanos, aparecía aun claro y distinto.

Todo este paisaje miraba el piadoso abad desde la larga azotea de su cámara, cuando entró Salvador descolorido, sombrío y desgreñado.

—¿Cómo así, Salvador? le preguntó Osorio sobresaltado: no parece sino que has recibido alguna herida mortal, según lo pálido y turbado que llegas.

—Mortal, en verdad, padre mío, respondió éste: mi sueño no era una mentira, sino un pensamiento de mi leal corazón. Su fantasma ha tomado cuerpo á mis ojos, y me la quiere robar.

—¡Cómo! interrumpió el abad asombrado: ¿hay por aquí quien se atreva á semejante desmán? ¿No saben que á mi báculo de paz acompaña la espada de la justicia? ¿Quién es el temerario?

Extendió Salvador el brazo hácia el Oriente, y le mostró la masa del castillo de Cornatel, que todavía se alcanzaba á ver en la cresta de la montaña.

—¡Don Alvaro Rebolledo, el castellano de aquella fortaleza! exclamó el religioso con espanto.

—El mismo, replicó Salvador con una frialdad que daba demasiado á entender la firme resolución que alimentaba su alma.

Hubo entonces una breve pausa, y era de ver al hombre de la edad y de la prudencia, dolorosamente trabajado por amor de sus hijos; y al hombre de las pasiones y de la juventud sereno y tranquilo, como quien ha llegado á una de aquellas situaciones extremas y solemnes, en que es imposible volver atrás la planta. El abad fué el primero en romper el silencio.

—¿Y qué has pensado, Salvador? le dijo ya con calma.

—He pensado, respondió éste mirándole con sus ojos garzos y rasgados fijamente, que soy hombre, amante y caballero, si no por mi alcurnia, á lo menos por mi corazón.

—Y por tu alcurnia también, repuso gravemente Osorio; que puesto que tu nacimiento sea también un misterio para mí, todavía la carta del santo abad de Cardaña me declara que Dios te hizo noble como la primera luz que viste.

Salvador alzó los ojos al cielo, donde ya brillaba una estrella rutilante, y enjugó una lágrima de gratitud al verse igualado con su rival. Osorio lo vió y le dijo:

—Escucha, hijo mío; estamos á la boca de la caverna del tigre, y si comparamos nuestras fuerzas con las suyas, más desvalidos y flacos nos hallaremos que el cervatillo de los montes. Ese hombre, caudillo de la devoción y bando del poderoso conde de Lemus, señor de Ponferrada, puede llamar en su ayuda multitud de hombres de armas de su guarnición, y aunque yo armase todos mis vasallos, no alcanzaríamos á parar su ímpetu y soberbia. Ya ves

que todo propósito de venganza nos perdería sin remedio.

—Pero señor, replicó el mancebo, ¿ni aun rescoldo y cenizas quedan en el pecho de ese hombre de la santa hoguera del honor?

—Ni aun eso queda, contestó el santo abad; los vicios han empedernido su corazón y secado en su alma la fuente del bien. Sus vasallos lloran hi'o á hilo en la noche su humillación y desventura, como el antiguo profeta; y á modo de los cautivos israelitas, por su dinero beben su agua y con su dinero compran su pan. Sin embargo, si es cierto que aun el impío se pone en pie delante de la cabeza calva, yo iré al encuentro de ese hombre, y le hablaré en nombre de su Dios, que también es mi Dios.

—¿Y María? repuso con angustia Salvador.

—Fíate de mi prudencia, contestó el religioso, porque si algo llegase á entender la pobre Úrsula, tengo por cierto que ni tú mismo sabrías el paradero de las dos y las perderías para siempre.

Al otro día muy de mañana el santo abad con su báculo y su diurno emprendió el largo camino que mediaba entre el castillo y la abadía. Llamó de paso á la puerta de Úrsula, y entrando por ella con no poca extrañeza de las dos mujeres, como viese á la doncella á punto de salir con su ható, apartó un poco á la anciana y le dijo con sosiego:

—No dejéis salir á María hasta que esté yo de vuelta, porque se ha levantado pleito entre el señor de Cornatel y mi abadía sobre el señorío de ciertos terrenos, y hasta dejar crillado este asunto me pesaría de ver que ninguno de mis súbditos quebrantase la tregua que tengo determinada. Allá voy, y por la tarde os diré lo que resuelto dejemos.

Aunque el acento del piadoso varón rebosaba tranquilidad y calma, no por eso dejó de mirarle con ansiedad, mientras hablaba, aquella mujer.

—Padre mío, le preguntó con zozobra, ¿nos amenaza algún nuevo riesgo? ¿Todavía no está llena la medida de nuestras perse-



cuciones? ¿Sería cierto que nos vemos  
asomadas á un abismo?

—Con que, según eso, repuso el prelado  
sonriendo con cierto aire jovial, ¿en abismo  
nos convertís á mí y á mis santos religio-  
so? Pues en verdad que no deberemos  
quedaros muy obligados por la trasfor-  
mación.

Y viendo que ni aun así quedaba tran-  
quila, añadió con gravedad:

—Por ahora no hay que temer, porque  
estáis bajo mi guarda y amparo; y en se-  
guida enderezó sus pasos hácia el castillo  
de Cornatel.

Hacia poco que había salido el sol cuan-  
do se puso á trepar el agrio repecho á cuyo  
término se levanta, aun en el día, esta  
fortaleza; y cuando llegó á la barbacana ya  
estaba bien alto. Los ballesteros que allí  
estaban de guardia, cuando vieron llegar  
á un religioso solo con su bastón de pere-  
grino, apresuráronse á franquear la puerta,  
y su comandante cruzando con él el puente  
levadizo, y guiándole por una estrecha y  
oscura escalera de caracol, le acompañó

hasta una especie de antesala, donde unos hombres de desalmada presencia se entretenían en jugar á las tres en raya con un copioso jarro de vino y unos vasos de estaño sobre la mesa. Respondieron con algo de desabrimiento al saludo del abad, y pidiéndole después uno de ellos permiso con tono irónico para continuar en su pasatiempo, mientras otro daba parte al amo de la visita, sin curarse más de su huésped que si se tratara de un tonel vacío, tornaron á su tarea. A poco rato volvió el mensajero é introdujo al abad en el aposento de don Álvaro.

—¿Qué diablos trae por aquí semejante abejaruco? preguntó uno de aquellos perdonavidas; ¿será que nuestro amo piense convertirse? Tú, Tormenta, que has hecho de introductor, dí, hombre, ¿qué gesto puso don Álvaro cuando le anunciaste la llegada del padre?

—El mismo que pones tú, Boca Negra, cuando por tu acostumbrada torpeza ves que te van llevando el dinero bonitamente, sin acertar á poner tres en raya una sola vez.

—Con que, ¿es decir que Dios no le ha tocado todavía en el corazón? replicó con alegría Boca Negra; ¡sea su nombre bendito y alabado! Porque en verdad os digo, mis ovejas, que si al capitán se le antojase de repente tornarse hombre de bien, no sé lo que había de ser de nosotros.

—Sin embargo, ¿quién sabe, repuso otro, si este buen fraile hará con él lo que el Salvador hizo con el buen ladrón? que aunque en verdad no sea él como Cristo, tampoco nuestro amo llega ¡mal pecado! ni á la suela del zapato del buen ladrón.

Riéronse los valentones de la ocurrencia, y para remover estorbos y quitar amargores de boca, determinaron de tirar al fraile, si otra vez volvía, por una ventana que daba á un precipicio de más de cien varas, y volvieron á su juego.

Abriose, por fin, después de un largo rato, la puerta del aposento de don Álvaro, y aparecieron en su dintel el castellano y el abad. Acalorada debería haber sido la plática, pues que los semblantes de ambos venían alterados, si bien el de don Álvaro

6

no respiraba sino avilantez y orgullo, mientras el de Osorio revelaba toda la dignidad de un alma elevada y de una conciencia pura. Acompañóle el caballero con altiva cortesía hasta la escalera de caracol, y saludándose allí friamente volvióse el uno á su recámara y el otro salió paso á paso del castillo, turbado el ánimo y lleno de mil negros pensamientos. Sin embargo, cuando llegó á casa de Úrsula, compuso y serenó su venerable rostro para decirle que todavía no quedaban aclaradas las dudas, y que de consiguiente cuando María sacase á pacer su rebaño lo llevase á las lomas y valles vecinos al monasterio, hasta que por vías amistosas aquel litigio se arreglase. Tenían ambas mujeres ciega confianza en las virtudes del abad, y así se pusieron en sus manos, como pudieran entregarse en las de Dios. Aceleró enseguida el religioso sus tardos pasos, y ya el sol se ponía entre nubes de oro, de púrpura y morado, cuando llegó al atrio de San Mauro, donde ardiendo en inquietud y vivas ansias le aguardaba Salvador.

—¿Qué nuevas traéis, padre y señor mío? le preguntó con acento turbado, saliendo precipitadamente al encuentro y agorando desdichas á vista de su apesadumbrado continente.

—He soltado mi voz en el desierto, contestó el anciano, y ni aun en aquellas bóvedas he encontrado un eco que repitiera mis palabras de paz y de amor. El malvado libra su esperanza en sus caballos y sus armas; y harto claro me ha dejado ver sus inicuos planes. Salvador, dijo después resueltamente, el honor de María corre peligro aquí, y es preciso que se marche.

El joven se retorció las manos de desesperación.

—Ya yo mismo la hubiera acompañado hasta ponerla en salvo, continuó el santo abad, pero el impío ha tendido sus redes, y no levantará mano hasta consumir su perdición. Así que, mañana al romper el alba mandaré un correo á mi hermano el abad de Carracedo, que tiene aprestado cierto número de lanzas y peones para ayudar á los reyes en la guerra de Granada,

y pediréle que me acorra en este trance con una fuerza poderosa para defender á María y á su madre en su viaje, y sacarla de las garras del león. En tanto, aunque no es de sospechar que á nuestros mismos ojos suceda ningún desmán, tu deber es guardar á la huérfana desvalida y mirar por ella: que Dios y tu derecho sean contigo.

Dicho esto partió aquel santo varón á encerrarse en su celda.

—Que Dios y mi derecho sean conmigo, repitió Salvador, y que la mengua y el oprobio caigan sobre el que solo se atreve á desamparadas mujeres.

Rayó la luz del siguiente día y ya el mensajero de Osorio caminaba la vuelta de Carracedo, cuando salía la joven zagala con sus ovejas en busca de las laderas del norte, no poco sentida y aun enojada de la indiferencia de su amante, mientras éste por su parte, juguete de la esperanza y de inquietud, temblando por María y ardiendo en deseo de la venganza, se encaminaba á un encumbrado pico que llamaban los naturales la *Espera del Corzo*, y que señoreaba

todo el país. No muy lejos y en la cumbre de una baja colina había un delicioso prado natural, de umbríos castaños y espesos matorrales guarnecido, en mitad del cual brotaba una copiosa fuente que con sus aguas reverdecía aquella alfombra de esmeralda y flores, llamada el *Campo de la Legión*, recuerdo sin duda del antiguo dominio de los romanos en aquella tierra. No bien acababa de apostarse nuestro cazador en su atalaya, cuando por entre los castaños del Campo de la Legión apareció un rebaño y detrás de él una mujer de aéreo talle y peregrinas formas. Conocióla al punto y murmuró en voz baja.

—¡Es ella!

Sentose la niña á la margen de la fuente, y con pensativo y triste ademán púsose á mirar las frescas olas que entre la yerba se perdían: clara señal de que alguna nube empañaba el cielo azul de sus ilusiones. Mirábala Salvador embebecido, y sin embargo, atento á su seguridad antes que á los impulsos de su propio corazón, escudriñaba con sus ojos de águila todas las

honduras y collados: pero solo vió aldeanos desparramados por los montes que sin duda iban á hacer leña. No dejó de llamarle la atención su número, pero el arreo le quitó todo recelo. Así se pasó la mañana, y ya estaba bien entrada la tarde, cuando Salvador, viendo que por el camino del castillo no asomaba el menor bulto, y que todo estaba tranquilo y en reposo, bajó de su risco para ir á consolar la pena de María, y torciendo á la izquierda presto llegó al pie de la colina por cuya mesa se extendía el Campo de la Legión. Comenzaba á trepar su blanda cuesta, cuando llegaron á sus oídos agudos y lastimeros ayes, y como conociese de cuyo pecho salían, voló en busca de la doncella como ciervo herido en busca de los arroyos del valle. Llegó desalado á los matorrales que guarecían la pradera, y se quedó confuso al ver á don Álvaro, ¿Por dónde había venido?... pero, ¿qué le importaba saberlo? ¿no lo tenía allí á solas? Así es que en aquel punto le pareció más hermosa su venganza que la misma María. Estaba la



cuitada á los pies del feroz guerrero, y en vano se esforzaba éste en levantarla, mostrándose hasta cortés y rendido; porque la triste, deshecha en llanto, con los cabellos en desorden y la toca caída, desolada y arrastrándose de rodillas, sólo pensaba en desasirse de las nervudas manos de aquel hombre, y para ello le conjuraba por lo más sagrado.

—¡Oh! por Dios, por Dios santo, noble caballero, le decía con angustia, soltadme, ¿qué honra sacaréis de atropellar así á una pobre muchacha, vos que debíais protegerla, porque sois fuerte, porque sois noble?... ¡soltadme por amor de vuestra madre, por amor de la mía que se moriría de verse sola! ¡soltadme y toda mi vida rogaré por vos de rodillas, y no me acordaré sino de que fuisteis generoso, y de que os dolísteis del desvalido!...

—María, respondió el caballero alzándola del suelo con violencia; te amo tanto, que antes que sin tí volvería sin vida á mi castillo.

—¡Mentís, cobarde, mentís! repuso la

doncella encendida en cólera; ¡villano! ¡mal caballero! Salvador, Salvador mío, gritó con desesperación, ¿cómo no vienes en mi ayuda?

—¡Aquí estoy! respondió á su espalda una voz bien conocida.

Soltó don Álvaro á la niña que casi exánime fué á caer á los pies de Salvador, abrazando sus rodillas y exclamando:

—¡El corazón me lo daba! ¡El corazón me lo daba que no me faltarían Dios y tu brazo, vida mía!...

—Ahora piensa en tí, contestó Salvador: por la encañada de los ruseñores vas segura y desembocarás en el convento: ampara-te de sus muros que yo al punto te sigo.

—No irá tal sin tí, replicó ella: aquí moriremos juntos.

—No es tu vida lo que buscan, sino tu honra, dijo Salvador. Huye, añadió con angustia, porque los bandidos de este hombre andan cerca, y si viese que caías en sus manos yo mismo te daría de puñaladas.

La doncella huyó.

Quedáronse frente á frente los dos rivales, mirándose con ojos encendidos. A los pies de don Álvaro había un capote de aldeano que explicó á nuestro joven el misterio de esta aventura. Por altivez callaba el caballero, y Salvador callaba también, porque apenas era dueño de los extraños ímpetus que arrebatában su alma. Reportose, sin embargo, como pudo y dijo á su rival:

En verdad, señor caballero, que no hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague. Solos estames y Dios es nuestro juez.

—¿Sois noble? le preguntó Rebolledo con ironía.

—Si á fe, contestó sin descomponerse Salvador; y prueba de ello es que pude, y aun quizá debí, pasaros en claro y á masalva con una flecha, y no lo hice por buscaros cara á cara.

—Voy á llamar á mis arqueros para que os prendan, y os hagan volar desde el más alto torreón de mi castillo al riachuelo que

pasa por debajo, y que tiene, según dicen, un agua tan fresca, que allí podréis templar vuestro cólera.

Aunque Salvador tenía el arco armado dejóle hacer; y aplicando el caballero su cuerno de caza á los labios, sacó de él un puazante y prolongado gemido. Al punto, aunque lejano, respondió otro de igual especie.

—Bien está, dijo entonces.

—¿Con que tenéis miedo? repuso Salvador, prorrumpiendo en sardónica y destemplada carcajada. ¡Vive Dios que me maravilla! porque en este mismo sitio acabáis de dar tales muestras de vuestra persona y con tan formidable enemigo, que el mismo Lanzarote os hubiera enviado por ellas. Sin embargo, la precaución es cuerda, porque nunca me propuse que los cuervos se comiesen vuestro noble corazón, antes pensaba hacer que os enterrasen con la debida honra; pero una vez que vuestros arqueros van á tomarse ese trabajo, sacad vuestro puñal como yo el mío, y armas iguales, y á prisa, porque ya veis que tengo poco es-

pacio. No os acobardeis, vive Dios, porque, como decimos por aquí los villanos, de hombre á hombre no va nada.

—¡Perro! dijo el caballero desenvainando su puñal, y casi ahogado de cólera; tengo de arrancarte la lengua y azotarte con ella el rostro:—Y diciendo y haciendo se fué para Salvador. Comenzó entonces una porfiada lucha, en que por una parte la destreza y la cólera, y por otra la bravura y agilidad peleaban con igual esfuerzo. Ya hacía un rato que batallaban sin ventaja, cuando á raíz de la colina oyóse ruido de armas y de gente.

—Tu fin se acerca, dijo don Alvaro.

—Y el tuyo llegó ya, respondió Salvador, y dando un prodigioso y no pesado salto, derribó por tierra á su contrario y le hundió el cuchillo en el pecho hasta la cruz.

—¡Socorro! ¡socorro! gritó don Alvaro revolcándose en su sangre, en tanto que sus atónitos arqueros acudían á dárselo, y Salvador huía por el opuesto lado.

—¡Socorro! ¡confesión! repetía con ansia; y en esto se le cortó el habla y espiró apretando el puñal con fuerza convulsiva.

—Por allí se escapó el asesino, dije uno de los arqueros.

—Es Salvador el de la abadía, repitieron dos á un mismo tiempo; y asomándose todos allí, ya no vieron á nadie. A los pocos minutos entraba Salvador en el aposento de Osorio palpitante y sin aliento.

—¿Y María? le preguntó: ¿dónde está María?

—¿Que es esto, Salvador? exclamo el abad espantado.

En breves y desordenadas razones le contó Salvador lo ocurrido.—Hoye, dijo entonces el abad, y escóndete en la cueva de las Médulas que llaman la *Palomera*, que esta misma noche iré á buscarte y á llevarte noticias de María. Sin aguardar á más salió el mancebo, cauzó rapidamente la huerta del monasterio, saltó la cerca, y por un valle que llaman en el día *Foy de Barreira*, tomó el camino de las Médulas.

A poco rato se dirigían pausadamente á Cornatel los arqueros del castillo, conduciendo el cuerpo de su señor en una camilla hecha de ramas.

Las once de la noche serían cuando una especie de sombra se deslizó por la boca de la Palomera.

— ¡Salvador! dijo.

— ¿Quién me llama? respondió éste.

— Yo, respondió el afligido abad. Hijo mío, añadió, cumplieron e mis desdichados pronósticos: Ursula y María han huido sin llevarse más que sus alhajas, y aunque gentes de mi confianza las han seguido hasta la barca en que cruzaron el Sil, allí se han perdido todas sus huellas. Por otra parte tú no puedes permanecer en el país, porque los arqueros de don Álvaro te han visto y te amaga la venganza de un poderoso.

— ¿Con que es decir que en un mismo día pierdo todo cuanto amaba en la tierra? contestó Salvador.

— Todo, respondió aquel varón piadoso, menos la honra y el amor de nuestro padre común que está en el cielo.

Salvador sollozaba en la sombra, y el viejo sentía partírsele el alma.

— ¿Han llegado ya los hombres de armas

de Carracedo? preguntó por fin el joven.

—Esta noche han llegado.

—¿Y cuándo parten para Andalucía?

—Mañana volverán á su monasterio y pasado saldrán de allí la vuelta de Córdoba.

—Con ellos me voy, padre mio: quiero morir bajo los estandartes de la cruz.

Con esto salieron de la cueva silenciosos y tristes, y por trochas y veredas desusadas llegaron á la abadía. A la mañana siguiente antes de rayar el día salió Salvador con sus nuevos compañeros, no sin recibir antes las lágrimas y bendiciones del buen abad, amén de un bolsillo bien provisto que según dijo le habían entregado al confiarle su educación. Cuando llegaron á la cima del Monte de los Caballos volvió el suyo Salvador para mirar por última vez aquellos sitios.

Derramaba el alba sus pálidas claridades por detrás del castillo de Cornatel, esmaltaba los rojos y agudos picos de las Médulas, y apenas blanqueaban á su escasa luz las torres de San Mauro: todo lo demás aparecía borrado y confuso. Pensó enton-



ces en aquel santo hombre, guarda y amparo de su niñez, en aquel amor perdido, en aquellas esperanzas convertidas en humo, y con los ojos anublados exclamó:

— ¡Oh! ¿cuándo volverán á mi corazón la frescura y verdor que se han caído de él?

— Enjugóse en seguida las lágrimas, serenó el semblante y apretando los hijares de su palafrén, fué á reunirse con los soldados.

## II

### LA FLOR SIN HOJAS

*Vanitas vanitatum, et omnia  
vanitas*

Si el corazón de Salvador no hubiese salido tan roto y ensangrentado de su primera prueba, sin duda se estremeciera de entusiasmo y de alegría al verse llamado al sublime juicio de Dios, de que iba á ser teatro la Vega de Granada, y en que la

cruz y la media luna se aprestaban á pelear por el imperio del mundo y de los siglos; pero si, como dice un famoso poeta, «la flor y verdor de la vida mortal pasa con el día, y por más que torne abril, no torna á verdear ni á florecer», no extrañaremos que el cazador de San Mauro caminase la vuelta de Andalucía pensativo y triste en medio de sus regocijados compañeros. Llamábase Juan Ortega de Prado el que aquel tercio acaudillaba, y era natural del Bierzo: soldado de gran corazón y altos pensamientos, endurecido en las fatigas de la milicia, codicioso de honra antes que de botín. Aficionóse por extremo de la gentileza y brío de nuestro Salvador, y cautivado de su trato apacible y cortés, de su hidalguía, y hasta de su misma tristeza, estrechó con él amistad y buena correspondencia, en términos, que no poco suavizó sus pesares y dolorosos recuerdos, ensanchando á sus ojos el camino de las armas y de la militar nombradía. Como quiera, la saeta estaba fija y enarbolada en su pecho, y á todas partes llevaba su dolor consigo; pero una

esperanza lejana que á manera de crepúsculo dudoso alumbraba su alma por ventura y además su natural denuedo y noble sangre, le encendían en ansia de pelear.

Aguijado de tan generosos ímpetus, llegó con sus compañeros á Córdoba á principios de febrero de 1482. Estaba la tierra toda alborotada y embravecida con la pérdida y desastre de Zahara, acaecida en los últimos días del año anterior, y á fuer de capitanes experimentados, aprovechábanse Diego de Merlo, asistente de Sevilla á la razón, y don Rodrigo Ponce, marqués de Cádiz, del general encendimiento, juntando á orillas del Guadalquivir buen golpe de gente con que tomar justa satisfacción del daño y agravio recibidos.

No desperdició Juan Ortega la ocasión que se le venía á las manos, antes con gran diligencia encaminóse con su tercio á Sevilla, donde se presentó al marqués de Cádiz, que no poco se holgó de llevar en su compañía tan buena lanza, y le despidió con suma cortesía. Habían venido nuevas de que la villa de Alhama tenía flaca guarni-

ción, y esa desapercibida, y determinados de entrarla de rebato, con gran precaución y cautela salieron ambos jefes de Sevilla, llevando consigo dos mil y quinientos de á caballo y cuatro mil peones.

Palpitábale el pecho de extraña manera á Salvador al ver cumplido uno de sus más ardientes deseos. Caminaban con gran priesa y recato por sendas excusadas y tan ásperas, que la fatiga casi llevaba apagada la sed del botín y el odio á aquella gente descreída, cuando llegaron al fin del tercer día á un valle por todas partes cercado de recuestos y altos collados, donde los soldados supieron que estaban á media legua de Alhama, con lo cual les volvieron las esperanzas y el brío. Concertáronse el de Cádiz y el asistente sobre la manera de dar el ataque, y acordaron que Juan de Ortega y Martín Galindo (soldados también de gran fama), se adelantaran con trescientos soldados prácticos y escogidos, y vieran de apoderarse del castillo. Excusado nos parece decir que Salvador caminaba de los primeros al lado de su capitán, y que

llevaba uno de los cargos más atrevidos de tan ardua empresa. Era de aquellas noches templadas y serenas que extienden sus estrellados pabellones sobre la dichosa Andalucía, cuando nuestros aventureros se acercaban recogidos y silenciosos al castillo de Ahama. Hicieron al o guarecidos de unas matas de árboles que allí cerca crecían, y en tanto Martín Galindo, Ortega y Saverio llegaron por diversos lados á la raíz de la misma muralla, para ver si algún rumor por dentro se escuchaba; pero el fuerte castillo asemejábase á un vasto sepulcro, y ni los pasos del centinela, ni el relinchs del caballo, daban á conocer la estancia de los guerreros. Estuvo nuestro joven largo rato con el oído atento y cuidadoso, sin escuchar sino los latidos de su corazón: nada turbaba el silencio del interior ni de las afueras. Arrodillóse entonces é hizo una fervorosa plegaria á la madre de Dios, de quien siempre había sido muy devoto, pidiéndole denuedo contra los enemigos de su nombre. Este nombre santo trájole á los labios otro de dulce y doloroso recuerdo, y

pensando que tal vez iba á morir sin que bañase su huesa ni una sola lágrima, sintió apretársele el corazón.

Volvían en esto de su ronda Ortega y Martín Galindo, y como le hallara de hinojos todavía, dijole el primero en tono bajo y un tanto irónico:— «Os ofrecéis por caballero de la Virgen, Salvador, que así os ponéis á orar antes de la batalla? Pues por la de la Encina, que creí que habíais tenido lugar para eso en San Mauro.»—Pesóle de la burla á Salvador, pero nada dijo, sino que llegando con gran priesa á donde el grueso de la gente estaba, y arrebatando una escala, arrimóla en seguida á la muralla, y subió con valerosa determinación, mientras Ortega y Galindo hacían lo propio por su lado. Esparciéronse los tres por los adarves, matando tal cual centinela dormido que enconttaban; pero Salvador, ganoso de aventajarse á todos en aquella memorable facción, echó por una escalera que guiaba al patio, con intención de abrir la puerta á los de afuera y allanar la rendición del castillo. Hizolo así bajando brioso por

medio de aquella oscuridad y temeroso silencio, y ya casi alcanzaba el logro de su intento, cuando al pasar junto al cuerpo de guardia que estaba cerca del rastrillo, acertó á salir un moro descuidado y medio desnudo. Sintió rumor de pisadas, y preguntó con voz entera ¿quién va? Respondióle Salvador hiriéndole de una punta, que le hizo dar en tierra, gritando con las ansias de la muerte:—¡Al arma, al arma! los enemigos tenemos dentro.

—Despertóse á las voces la guardia, y saliendo de tropel, cerraron con Salvador, que por su parte solo sentía el malogro de su empresa. Procuraba ganar terreno hacia la puerta, pero cercábanle por todas partes sus enemigos, y aunque sus golpes caían tan recios que no había adarga que que los parase, era poco lo que adelantaba.

Conoció sus deseos el moro que allí mandaba, y gritó entonces con todas sus fuerzas:—«¡El rastrillo! ¡bajed el rastrillo!» Pero no flándose de nadie, abalanzóse á la escalera con intento de hacerlo por sí propio, mientras los demás, viendo los des-

medidos esfuerzos que hacía Salvador para ganar la puerta, redoblar n asimismo los suyos. Apurada era su situación, porque el estruendo que sonaba en los pasadizos del castillo, harto claro le daba á entender los peligros que sin duda corrían sus compañeros, y una vez echado el rastrillo podían los de adentro acudir á la muralla, volcar las escalas, y entonces solo les quedaba una muerte gloriosa y la pesadumbre de ver debaratada una hazaña de tan venturoso principio. Acorralábanle en tanto más y más sus enemigos, y aunque había ya tres tendidos delante de él, ciegos de ira y de vergüenza los demás, atropellaban por todo temor con menosprecio de sus vidas. En este tiempo el jefe de la guardia, puesto ya sobre un terraplén superior, les gritaba:—Apretadle, que va á caer el rastrillo y es nuestro, cuando dando una gran voz y diciendo «Mahoma, valme», cayó con la cabeza hendida por el medio del terraplén abajo. En seguida, y á modo de torbellino, salían por la puerta de la escalera dos guerreros que traían mal pa-



rados delante de sí unos cuantos moros, y que sin reparar en el número arremetieron con los contrarios de Salvador. Eran los tales Martín Galindo y Juan de Ortega, y aprovechándose nuestro mancebo de tan útil diversión, corrió á la puerta del castillo, abrióla de par en par y dió larga entrada á los de afuera, que de rondón se precipitaron, rompiendo y destruyendo cuanto se les ponía por delante. Reuniéronse entonces los tres amigos, y puestos á la cabeza de los suyos, poco tardaron en matar ó prender el resto de la guarnición, quedando dueños y señores del castillo. Al día siguiente, después de una porfiada y recia batalla, entraron asimismo en el pueblo los cristianos, acaudillados por los mismos capitanes de la noche anterior, que se aventajaron maravillosamente á todos los demás.

Puso esta pérdida en gran consternación á la morisma, como que veían á los enemigos en el corazón de sus tierras: y sobre ellas se compusieron endechas y romances de tristísima tonada. El viejo rey Alboha-

cén juntó aceleradamente su ejército de tres mil de á caballo á cincuenta mil peones, y con ellos caminó la vuelta de Alhama.

Combatióla encarnizadamente durante muchos días, y aun llegó á sacar de madre el río de que se provee aquella villa pero nada pudo contra el esfuerzo de los cristianos. Distinguióse Salvador en todos los lances y escaramuzas, poco contento de la alta prez que ganara de antemano, de modo que el marqués de Cádiz cobrole gran estimación y le hizo muchas honras.

Como quiera, el aprieto de nuestra gente era tal, que toda Andalucía se alborotó y conmovió. Contábase por el más poderoso entre los señores de esta tierra á don Enrique de Guzmán, duque de Medina Sidonia, y en él tenían puesta todos la esperanza, si bien flaca por andar revuelto y enemistado con el de Cádiz, pero era harto hidalgo para anteponer particulares enojos al procomunal y á la ley de la caballería: así fué que sacando el estandarte de Sevilla, y juntándose con don Rodrigo Téllez

Girón, maestre de Calatrava; don Diego Pacheco, marqués de Villena y otros señores, acudió al socorro de sus hermanos. Alzaron el cerco los moros y se retiraron sin pelear, mientras los cercados salían al encuentro de sus libertadores con lágrimas de alegría en los ojos. El de Cádiz fuése con los brazos abiertos para don Enrique, y con palabras en sumo grado comedidas y corteses, pusieron término á las desavenencias que traían divididas las dos casas, sellando el pacto con el general alborozo. Pasaron alarde al otro día del ejército cristiano, y á su vista fueron armados caballeros por el de Cádiz, Juan Ortega y Salvador, calzándoles las espuelas el de Medina-Sidonia.

Por lo que toca á Martín Galindo, que ya lo era de Santiago, hiciéronle presente de una banda de honor y de un riquísimo alfanje cogido en el saco de Alhama. Todos aquellos señores les honraron á porfia, saludándolos como á hombres los más arriscados y valientes que en aquella facción se hubiesen mostrado. El de Cádiz, sin

embargo, no fué dueño de sí propio, y harto mostró la predilección que le merecía Salvador, en los encarecimientos con que lo presentó á los demás caballeros, maravillados de ver tan relevantes prendas en tan cortos años. Sacó entonces nuestro joven dos cartas del seno y entregó una al maestro de Calatrava y otra al marqués, aguardando en silencio el resultado. A los pocos renglones que hubieron leído, vinieron entrambos á abrazarle, diciendo el maestro:

—¡Cómo así! ¿Por qué el deudo cercano del valeroso Veremundo Osorio, del mejor amigo de mi padre, no viene á manifestarse á quien tanto le desea?

No menos cortés se mostró el de Cádiz que amaba también y respetaba al santo abad, á quien alcanzara en el mundo durante su juventud. Salvador adivinó al punto todo, puesto que nada supiese de antemano. El amor del piadoso cenobita acompañábale aun allí y si le había adornado con un apellido ilustre que en él se extinguía, hábalo hecho para que el mundo le acogiese con más honra. Sintió el nuevo caba-

llero una emoción profunda, y, sin embargo, respondió al maestro y al marqués que había que había querido aguardar á que su brazo y su prosapia le abonasen al mismo tiempo; pero que sus favores de tal modo excedían el valor de entrambos, que no sabía cómo mostrarles su agradecimiento.

—Escuchad, Salvador, le dijo el maestro después de mirarle con atención largo rato; aunque ni vuestra cuna ni vuestros hechos os subiesen tan alto, todavía hay en vuestra persona un no se qué que habla en favor vuestro. Mucho me habíais de honrar si me recibíeis por vuestro amigo y compañero de armas, y no tengo reparo en pedirlo, porque supongo, añadió con donaire, que no sois enemigo de mi noble orden, ni que os desdeñaréis de vestir un día su santo hábito.

El de Cádiz, que lo oyó, dijo á Salvador:

—El maestro me ha ganado por la mano, y harto más ganaréis en los escuadrones de Calatrava que no en mis banderas; pero, sin embargo, debéis saber, añadió apretándole la mano, que don Rodrigo Ponce



de León os estima y honra de tal manera, que le encontraréis con sus haciendas y su brazo siempre que le hubiéreis menester.

Los demás caballeros hicieronle también por su parte grandes ofrecimientos, y despidiéndose del bizarro Juan de Ortega, salió de Alhama con don Rodrigo Téllez Girón del cual no se volvió á separar.

Resplandeciente era la aurora de la carrera militar de Salvador, y ni él mismo pudiera esperar galardón tan alto. Tratábale el maestro con una amistad llena de miramiento y aun de ternura, que más que otra cosa parecía fraternal cariño; los caballeros de Calatrava teníanle asimismo en mucho, y la gloria le entreabría las puertas de oro de su encantado alcázar.

Sin embargo, no era feliz: de continuo se le venían á la memoria las rientes praderas de San Mauro, las soledades llenas de los acentos de su amor, y aquel vergel de recuerdos dulces y marchitos que animaba la imagen de María á modo de mariposa bellísima y errante: tan cierto es, que el amor en una alma nueva se convierte en

una pasión imperiosa y exclusiva que todo lo sujeta y subordina á su influjo.

Habían despachado un correo el de Cádiz y el maestro al venerable Osorio, dándole cuenta de las hazañas de Salvador y de la acogida que le habían hecho; y el mensajero que volvió al poco tiempo trajo cartas de gracias para los dos, y una más larga para nuestro mancebo.

Decíale en ella que apesar de sus vivas diligencias no había podido dar con el paradero de Úrsula y María, pero que no por eso pensaba aflojar en sus pesquisas. Hablábale además con efusión y orgullo de la alegría que recibiera con las nuevas de su primera campaña, y concluía con saludables consejos y paternal ternura.

Esta carta que Salvador abrió y leyó con indecible ansiedad, amortiguó aquella esperanza pálido y débil ya de suyo que relucía en su alma, y abrió de nuevo las llagas de su corazón. Afortunadamente volvió á resonar en Andalucía el estrépito de las armas, y á traer oportuna diversión á sus pesares.

Sucedió por entonces el cerco de Loja, y sabido es que habiendo entrado los moros de rebato en los riales cristianos, cayó herido mortalmente de dos flechas el maestre de Calatrava. Con el espanto dieron los nuestros las espaldas, y cobrando ánimo los moros arremetieron con no vista furia contra el escuadrón de la orden que al punto se agrupó en torno del caído maestre, y mantuvo sólo la pelea hasta sacarle del campo; empresa con que salió al cabo Salvador, no sin recibir antes dos heridas.

Aquella misma noche espiró don Rodrigo Téllez Girón: lástima grande para todo el ejército por ser personaje de altas prendas, y en flor de su edad, que no pasaba de los veinticuatro años. Ni aun en la muerte desmintió la particular amistad que había mostrado á Salvador, y espiró teniéndole asido de la mano y encomendádoselo muy encarecidamente á don Gutierre de Padilla, clavero mayor de la orden.

Cuánto sintiese Salvador esta muerte, y cuán hondo le pareciera el vacío que en su corazón dejaba, no hay por qué ponderarlo:



baste decir que había mirado al maestro con un afecto extraño y misterioso, que venía á ocupar en su pecho el lugar de los dulces cariños de familia, y que su falta ensanchaba sin medida aquel horizonte de soledad que por todas partes descubría. Al día siguiente alzó el rey sus reales y se retiraron en buena ordenanza de sobre Loja. Acudió el marqués de Cádiz á consolar á Salvador en cuanto se lo permitían los riesgos del camino, y tornó á hacerle los más cordiales ofrecimientos; pero don Gutiérre de Padilla le dió á entender que los adelantos y cuidado de aquel mozo eran ya deuda de la orden, promesa de que no se apartó jamás.

No le seguiremos por nuestra parte en todos los azares y peligros de esta porfiada guerra, durante la cual ninguna luz le trajeron sobre la suerte de María las diversas cartas que desde San Mauro le enviaba el santo abad. Recibió una cuando pusieron los reyes el cerco á la ciudad de Granada; edificando á su frente la villa de Santa Fé, y en ella le decía que había vuelto atrás de

los linderos mismos del sepulcro hasta donde le llevara una dolorosa enfermedad, pero recobrado un tanto había tornado á sus pesquisas sin alcanzar por eso más que antes; y por último, que iba perdiendo la esperanza de lograr ningún indicio, y aun de volver á ver á su hijo querido, según la postración en que había quedado. De esta suerte los años empujaban hácia la huesa al hombre que le había servido de padre; el maestro, que como hermano le había mirado, descansaba ya en su fondo, y aquel amor que un día le sirviera de norte y de fanal, desaparecía en las sombras del misterio ó de la muerte quizá. Miró detrás de sí; allí la soledad y el vacío: volvió los ojos hácia adelante; allí los combates y su estruendo: alegrose de verlos tan cercanos, y precipitose en ellos con delirio.

Habíase escaramuzado reciamente una tarde, y Salvador se empeñó tanto en aquella ocasión, que vino á dar en una especie de emboscada donde más de veinte moros le embistieron á la vez. Matáronle el caballo, y aunque haciendo espaldas de

una pared, se defendía valerosamente, era ya su muerte segura, cuando saliendo á galope de un bosquecillo de naranjos un caballero cristiano cerró de tal suerte con los moros, que dando con dos en tierra y atropellando á los demás, los puso en despavorida fuga. Cogió entonces de la brida el caballo de uno de los muertos, y entregándosolo á Salvador, ambos salieron de aquel lugar la vuelta de Santa Fe. Caminaban en silencio, y nuestro joven maravillado examinaba con suma atención y curiosidad el arreo y postura de su misterioso compañero.

Era éste alto de cuerpo, llevaba baja la celada de su casco, una banda morada cubríale parte del peto y espaldar, y traía en el escudo por divisa un navío con las velas tendidas y en alta mar. Llegaban ya muy cerca de los reales, cuando Salvador rompió el silencio diciendo:

—En verdad, señor caballero que merecíais no ya un hábito el más calificado de España, sino un reino por vuestra bizarra conducta. Alzad, os ruego, la visera, si

queréis honrarme mostrándome el rostro de mi libertador, y aun su nombre para grabarlos en mi memoria eternamente.

—Mi reino no es de este mundo, repuso el desconocido con voz grave y sonora, y aunque he estado cerca de esta generación muchos años, ellos no han conocido mis caminos.

—Sorprendido se quedó Salvador al oír estas palabras bíblicas y solemnes, pronunciadas con un acento indecible de fuerza y de verdad. El guerrero prosiguió con tono lleno de afabilidad y de dulzura:

—Pero vuestra cortesía me obliga tanto, que, puesto que en acorreros más haya sido mi ganancia que la vuestra para hacer alarde de semejante acción, no solo os descubriré mi rostro, sino que también os diré mi nombre. Llámanme *Cristóbal Colón*.

Esto diciendo alzó la celada y mostró á Salvador un semblante reposado y lleno de autoridad. Eran sus ojos garzos, rubio su cabello, y su mirada de águila candal y poderosa. Había en aquella cabeza un no

sé qué de inspiración, de fortaleza y de genio tan robusto y pronunciado, que Salvador se sintió penetrado de admiración y respeto, y como flaco rapaz delante de un coloso. Entraron en esto en Santa Fe, y se separaron cortésmente llevando nuestro mozo el ánimo preocupado y lleno de la idea de aquel hombre misterioso. Preguntó á un caballero de Calatrava quién era Cristóbal Colón, y contole al mismo tiempo la aventura. Diose á reir el caballero y le dijo:

—Es el loco más hidalgo y más valiente que he visto; pero son tan sandios los proyectos que revuelve en su imaginación, que le han mermado el seso. Habéis de saber que pretende descubrir nada menos que un nuevo mundo, y ha presentado los proyectos á la corte; pero aunque ha fascinado á algunos, los más le han lástima por su desatino.

Poco se contentó Salvador de oír hablar con tan escaso comedimiento de un hombre á quien sin saber porqué tenía en mucho: amén de que se le hacía duro de creer que

la locura ejereise tamaña superioridad. Era su carácter naturalmente entusiasta, y su co'or de dar las gracias á Colón por su ayuda, pero en realidad para descórrer algo del velo que le encubría, encaminose á su posada. Hay lazos secretos y simpatías que ligan á las almas elevadas, y las reúnen en un punto, bien así como una mísera luz atrae á dos mariposas que vuelan en distintas direcciones. Por otra parte Salvador había cultivado las ciencias entre los monjes de San Mauro, y por una intención pronta y feliz comprendió los planes gigantescos del gran Cristóbal: de modo que el predominio del genio y el ascendiente de la razón le cautivaron al mismo tiempo con su seducción irresistible. Desde entónces prohió con ardor aquella idea milagrosa y fuó para el gran Colón como un hermano ó como un hijo.

Entretanto amaneció el día venturoso de la rendición de Granada. Era cosa de ver la pompa y majestad de los reyes y sus hijos, las armas y el arreo de los grandes, la tristeza de los moros, y el júbilo colmado

de los cristianos. Entró el rey en el castillo de la Alhambra, seguido de la flor de la caballería española, y después de hecha oración en acción de gracias, Fray Hernando de Talavera, Arzobispo electo de aquella ciudad, puso la cruz arzobispal, que delante de sí llevaba el de Toledo, en lo más alto de la torre principal y del homenaje con el estandarte real, y el de Santiago á los lados. Siguióse un alarido inmenso de alegría, que llegaba á los cielos: todos los ojos estaban arrasados en lágrimas, y los corazones parecía quererles salir del pecho á aquellos soldados valerosos.

Volvieron los reyes á sus reales después de recibir el parabién y homenaje del nuevo reino, y aquella misma tarde, entre los diversos premios que se repartieron, puso don Fernando de su propia mano el hábito de Calatrava á Salvador, y doña Isabel le regaló una cadena de oro, lisonjero galardón de su valentía y denuedo.

No era cumplido, sin embargo, su gozo, porque los recuerdos que entenebrecían su corazón, casi cerraban el paso á la luz de

esperanza y de gloria que destellaban aquel día las cumbres de la Sierra Nevada: pero aun de este leve resplandor que le llegaba, parecía ofenderse la suerte. Departiendo estaba con Colón sobre el intentado viaje, cuando un correo que llegó al rey de Galicia le trajo la última carta de Fray Veremundo Osorio.

Lleno de tribulación noticiábale el anciano cómo había descubierto el paradero de María, pero que más se holgara de no haberlo logrado jamás, pues que su triste amante la había perdido para siempre, y debía rogar á Dios por ella. Desde muy atrás se había arraigado semejante idea en el ánimo de Salvador: pero la realidad desnuda y yerma acabó de romper en su pecho un resorte que imaginaba ya quebrado, y cortó el último hilo que podía guiarle en el laberinto de la vida.

Vió seca de repente la fuente del consuelo; miró en torno de sí y hallóse solo; buscó el estruendo de las batallas, y por donde quiera palpó el silencio de la paz; nada encontraba, finalmente, donde saciar



el ansia de su alma calenturienta y desquiciada. Colón, que comprendía su amargura, le habló entonces de un viaje portentoso, de peligros y de hazañas allá en el confín de la tierra, de una gloria duradera más que el mundo y que las edades; y la mente exaltada de Salvador guió sus alas hacia estos campos de luz que aquel grande hombre le mostraba.

Después de mil trabajos y penas salió por fin Cristóbal Colón del puerto de Palos de Moguer el día 3 de Agosto de 1492, enderezando su rumbo hacia Canarias, y aunque hasta allí pudo llevar sosegados los ánimos de su gente, su viaje en adelante fué un tejido de sublevaciones y de peligros, en que á no haber contado con el corazón de Salvador, se hubi se hallado de todo punto solo. La inmensidad de aquellos mares solitarios donde el ojo y el brazo del mismo Dios eran los únicos que pudiesen verlos y ampararlos, y la amistad de aquel hombre extraordinario, que caminaba al través de los abismos en busca de una tierra desconocida, derramaron en el alma

yacia y desconsolada de nuestro mozo un consuelo inefable y grande como su dolor.

Caminaban entretanto, y su camino parecía sin fin. Los ánimos mezquinos de aquella gente sin fe, encendiéronse, por último, en tales términos, que ya ni la elocuencia y serenidad del almi ante, ni el denuedo de Salvador, podían impedirles que volviesen las proas hacia España.

Colón, en semejante extremidad, les prometió y juró de hacerlo así, con tal que á los tres días no encontrasen tierra; pero apenas los conjurados le dejaron solo con su único amigo, cuando desatinado y alzando los ojos y las manos al cielo, exclamó con el acento de la desesperación:—¡Oh Dios mío, Dios mío! ¿Me ve la-réis como á Moisés la entrada en la tierra prometida, á mí que nunca he dudado de vuestra grandeza, á mí que no he tenido más consuelo en mis tribulaciones que una idea de gloria para vos y para mis hermanos? ¡Oh Dios mío, Dios mío!—Salvador fuera de sí se volvía y revolvía á todas partes, como si pidiese auxilio al espacio

y al silencio, cuando de repente y con el rostro inflamado asió del brazo al almirante, y le mostró una bandada de pájaros que batían sus alas hacia ellos.—Vedlas, le dijo con entusiasmo: ved las palomas del arca santa, Dios os las envía sin número, cuando á Noé vino una sola.—Eran, en efecto, todas avecillas de poco vuelo, claro indicio de tierra cercana: pero aquel plazo fatal de los tres días era como la espada de Damocles para el desolado Colón.

Aquella misma noche á cosa de las diez, velaban ambos amigos en el castillo de popa, cuando llamó el almirante la atención de Salvador señalándole una luz como de antorcha, que á lo lejos relumbraba. Subía el resplandor, bajaba y escondiase como si lo llevase una persona en la mano, y los dos lo observaban palpitando, hasta que Colón exclamó con voz de trueno.—¡El Nuevo Mundo! ¡El Nuevo Mundo! He aquí que las tinieblas cubrían su faz, y yo lo he sacado de las tinieblas.

Yo soy el espíritu de Dios que era llevado sobre las aguas.—Al decir esto centelleaban

sus ojos de tal modo, y estaba tan sublime, que Salvador cayó involuntariamente de rodillas delante de aquel hombre, exclamando también:—Sí, capitán, sois grande como el espíritu del Señor, que cabalgaba en el torbellino.—Avergonzose Colón entonces de aquel movimiento de orgullo, y dijo alzando á Salvador:—Nunca el vaso de barro se levantará contra el alfarero que lo formó: del Señor es la redondez del orbe y la plenitud del mar, y nosotros no somos sino gusanos delante de él.—Abrazáronse en aquel punto los dos amigos, y largo rato estuvieron así sin hablar palabra. Dos horas después ya las tripulaciones cantaban el *Te Deum* en acción de gracias.

La tierra que vieron al amanecer era la isla de Guanahani, á quien Colón puso por nombre San Salvador, tanto en memoria del Dios que le habia salvado, como de su generoso compañero. Tomaron tierra en seguida, en medio de los isleños asombrados, y Colón plantó el estandarte real y la cruz entre las aclamaciones de los suyos, que entonces le adoraban como á un Dios.

Aquellos salvajes parecían de condición blanda y pacífica, y Salvador se internó en la isla, porque su corazón necesitaba latir a solas. Ostentaba aquella tierra todas las galas de la virginidad y de la juventud: sus pájaros, sus árboles, sus flores, todo era nuevo y milagroso: sus arroyos corrían más dulcemente que los pensamientos de una niña de quince años; era aquello la primer sonrisa de la naturaleza, un sueño de esperanza, de amor y de ventura. Todos los pensamientos de su vida pasada agolpáronse entonces de tropel á la memoria de Salvador, corrió de sus ojos la gavena de llanto, y con el pecho hinchado de sollozos, exclamó:—¡María! ¡María mía! ¿Por qué no nacimos los dos en este paraíso, lejos de los poderosos de la tierra? Nuestras horas se deslizarían como estos cristalinos arroyos, é iríamos á dar en el Océano del sepulcro con toda nuestra felicidad é inocencia. ¡Angel de luz que estás junto al trono de Dios! Heme aquí solo y errante en estas playas apartadas, el corazón sin amor y el alma sin esperanza! ¡Oh

María, María!—Murmuró en voz más baja y se sentó llorando en la soledad con indecible amargura.

Recobróse, por fin, al cabo de una buena pieza, y enjugándose las lágrimas fué á reunirse con sus compañeros y con Cristóbal Colón, de quien no se separó hasta su catástrofe, bien conocida de todos. Sabido es que los grillos y una sentencia de muerte fueron el galardón de sus servicios, y aunque el rey le recibió con distinción después, y se enojó por demás de la barbarie del Juez Bobadilla, ni castigó á éste ni devolvió á Colón sus honores y prerrogativas.

Salvador pensó entonces en la Justicia de los hombres y en las mentirosas glorias del mundo: la hiel que por tanto tiempo había ido filtrando en su corazón se derramó de él y emponzoñó su alma. Vió agostada aquella riquísima cosecha de fama y de honor que había soñado: se sonrió amargamente y exclamó meneando la cabeza: «¡Vanidad de vanidades, y todo es vanidad!» Volvió entonces su corazón al

Padre de las misericordias, y diciendo un á Dios eterno al desgraciado Colón, tomó el camino de San Mauro de Villarrando resuelto á aguardar la muerte bajo sus bóvedas silenciosas.

### III

#### VERRO Y CASTIGO

Solo á una mujer amaba! ...  
 Que fué verdad creo yo,  
 Porque todo se acabó,  
 Y esto solo no se acaba.

CALDERÓN.—*La vida es sueño.*

En una hermosa mañana de primavera del año 1493, un caballero de Calatrava armado de todas armas se apeó en la portería de San Mauro de Villarrando, y ya pisaba el umbral, cuando acertó á ver delante de sí la pasmada figura del Padre Acebedo, portero de la abadía, que con atónitos ojos le miraba.—¿Tan mudado vuelve un an-

tiguo amigo que no le conoce el padre Acebedo? le dijo el recién llegado.—¿Quién os había de conocer, Salvador, respondió el buen religioso abrazándole, tan galán y gentil como venís con esa cruz de caballero al lado?—Harta prisa me di para ganarla con aquellos perros, repuso Salvador con apaciente jovialidad; pero decidme ¿y el santo Osorio?... añadió, procurando encubrir su zozobra.

—¿Pero sabéis que venís flaco y malparado en tales términos que nadie diría que erais vos? ¿Estáis enfermo?... ¡Jesús! y es este aquel mozo tan gallardo? ¡vaya! ¡si parece que la vejez le ha cogido de improviso en lo mejor de su camino!—¿Pero el venerable abad?... replicó Salvador con impaciencia.—¡Ay hijo, contestó el buen portero, está tan postrado con la carga de los años, que apenas se puede decir que vive. Ha mandado levantar una especie de ermita con su vivienda en la *Hondonada del Naranco*, y allí pasa las horas en la soledad sin venir nunca al monasterio.

Estos días pasados hablaba mucho de



vos y de la pesadumbre que le causaría morir sin que le cerraseis los ojos. Pero os ponéis tan pálido... ¿queréis tomar alguna cosa?—No, nada, replicó Salvador, procurando ocultar su turbación; solo os pido que le prevengáis acerca de mi llegada, porque podría hacerle mucho daño mi repentina vista.—Sí por cierto, dijo el padre Acebedo, voy allá volando, pero venid vos también á aguardar la ocasión de abrazarle en la huerta.

Encamináronse en efecto los dos hacia allá, y el honrado portero con su prisa y alegría urdió con tanta sencillez como torpeza una fábula, por entre cuyos hilos el buen abad vió harto claro lo que aquello quería decir; y levantándose con no vista y maravillosa presteza, se encaminó á la puerta gritando: ¡Salvador! ¡hijo mío! ¿por qué no vienes?—Corrió éste desalado al encuentro exclamando:—¡Oh, padre mío, padre mío! y en el mismo dintel se abrazaron ambos sin ser poderosos á decir una palabra. Repuestos por fin y sosegados al cabo de una buena pieza, habló de esta

suerte aquel varón piadoso. —El cielo ha oído mis oraciones, y ahora después de haberte abrazado ya puede venir la muerte.

Como los días del hombre pasan semejante á la flor del heno, y los míos están contados, anhelaba verte para descubrirte el secreto de tu familia y nacimiento. Largos años te aguardé; pero como no volvías y el plazo iba ya vencido, y á mi diligencia estaba encomendado el abrir el pliego, rompí el sello y lo ví todo. Si en tu corazón se anida la vanidad mudada, regocíjate y alza la cabeza, porque eres hijo de los poderosos de la tierra. Doña Beatriz de Sandoval fué tu madre, y el que te engendró mi compañero de juventud y dulce amigo don Pedro Girón, maestre de Calatrava. —¿Con que según eso, preguntó Salvador con ansiedad, el maestre don Rodrigo Téllez Girón, que murió en el cerco de Loja, era mi hermano?—Sí por cierto: la misma sangre corría por vuestras venas. —¡Conque era mi hermano! respondió Salvador con una voz interrumpida de sollozos, ¡conqu

era mi hermano y murió en mis brazos, y no pude estrecharle en ellos y decirle «¡hermano mio!» ¿Cómo fui tan sordo, que no escuché la voz de la naturaleza que tan alto hablaba en mi corazón?

Salvador no había llorado ni aun al despedirse de Cristóbal Colón: sus últimas lágrimas habían corrido en las soledades del Nuevo Mundo, como testimonio de los dolores de un mundo antiguo. Desde entonces la esperanza voló de su corazón: de su misma tristeza solo quedaron heces amargas y desabridas, y al tocar con sus dedos el bello cadáver de su amor y de sus ilusiones, solo encontró un esqueleto descarnado y frío. Como quiera, la revelación de aquel secreto había pulsado en su alma una cuerda que imaginaba rota, y que respondió en son doliente á las palabras del abad: tan cierto es que allá en el fondo del corazón humano siempre hay un eco que responde á los dolores. Salvador había nacido de un amor que no recibió la bendición de la Iglesia, en la época revuelta y desdichada del reinado de Enrique IV; sus

padres murieron cuando niño, y los celos de la madre de don Rodrigo Girón, que temblaba que el maestrazgo de Calatrava, concedido á su hijo, no pasase á su hermano, le acompañaron desde la cuna con tal constancia, que de seguro hubiese caído bajo sus golpes, si el buen abad de Cardaña, pariente de su madre, no le hubiese puesto el abrigo de los ignorados valles de Carucedo. Era su suerte la de conocer la vida por sus amarguras, y los amores de la tierra por los vacíos que su pérdida deja en el alma.

Pasado un buen espacio y como el abad le viese ya más sosegado, le habló del porvenir que le aguardaba, de los deberes de su nacimiento y de la fortaleza y magnanimidad propia de los hombres, y en especial de los caballeros. Salvador le respondió:

—Escuchadme, padre mío, porque mi resolución es seria y profunda, y quiero que la conozcáis. Ya sabéis que en mis dulces años amé con la pureza de los ángeles á un ángel que vino á consolar y embellecer estos valles, y que aquel amor se disipó

como el rocío de las praderas. Entonces me lancé por el camino de la gloria, y delante de la vencida Granada el rey me vistió el hábito que véis; pero mi alma estaba enferma de soledad y de ansia de mayor nombradía. Busqué con un hombre enviado de Dios un nuevo mundo al través de la inmensidad y de los abismos del Océano, y la tierra prometida desplegó á nuestros ojos todas sus galas y riqueza. La vista de aquellas playas solo trajo lágrimas á mis párpados, vacíos á mi corazón y desengaños á mi entendimiento. Por premio de nuestros trabajos el gran Colón y yo hemos tenido gritos á los pies, y la cuchilla del verdugo sobre nuestra cabeza. Ya lo veis, padre mío; el amor es una flor del cielo que se agosta en esta tierra empapada en lágrimas, y la gloria no pasa de una dorada mentira. ¿Creéis por ventura que un corazón tan llagado como el mío se curará con el humo de las vanidades mundanas? ¿No era más bello el nombre que labré con mi espada, que el que la suerte tardía me ofrece ahora como por una burla

cruel? Yo he venido á buscar el consuelo al pie de los altares y en el seno de la oración: mi resolución es invariable, y si mañana mismo me abrié-eis las puertas del santuario y recibiéseis mis votos, tened por cierto que la bendición de mi padre bajaría sobre mi cabeza, cubierta con la cogulla de San Bernardo.

Siguiose una larga pausa á esta declaración, sin que ni el religioso ni el caballero se diesen prisa á romper el silencio.

—Salvador, le dijo por fin el anciano, maravillado me dejas con tu resolución, y aunque no seré yo quien te la reprenda, menos te encubriré las dudas que me asaltan. Dudas tremendas por cierto; porque si el despecho y no la resignación te traen al silencio del claustro; si en vez de un corazón humilde llevas á las aras de Dios uno lastimado de orgullo y de desesperación, por ventura encontrarás la pelea donde pensaste hallar el descanso. Créeme, hijo mío, que Dios no envía sus ángeles de consuelo sino á las almas que se desayrenden y desatan de las aficiones de la

tierra. Dime, ¿si llegases á encontrar un dia á la mujer que amaste, no maldecirías de la hora en que naciste?

Brilló entonces en los ojos de Salvador uno de aquellos relámpagos que dan muestras de las tempestades interiores y dijo con suma zozobra:

—¿Pero no me dijisteis que murió?

—Sí: murió para tí y para todos, aunque su alma vivirá eternamente para Dios, rep'icó el anciano prontamente.

—Pues entonces, añadió Salvador con sordo acento, tanto mejor, y por caridad dadme vuestro santo hábito, que si no me juzgáis digno de él lo iré á pedir á la puerta de otro cualquier monasterio.

El prelado vacilaba todavía hasta que el mancebo le dijo con entereza:

—¿Qué teméis? ¿No véis que mi frente ha comenzado ya á encalvecer, y que no hay ilusiones, ni engaños por dulces que sean, que resistan á treinta y tres años de pesares?

El religioso entonces como vencido, alzó los ojos al cielo y exclamó:

— ¡Hágase la voluntad de Dios!

A los pocos días tomó Salvador el hábito de San Bernardo en la iglesia de la abadía, y asimismo profesó; cosa en que vino el santo Osorio vencido de sus ruegos, y usando de las facultades que tenía para dispensar el noviciado.

Fácil es de conocer la admiración que causaría á todos los monjes semejante suceso; tanto más, cuanto que el nacimiento del nuevo hermano ya no era un misterio, y que además todos le habían visto llegar adornado con la cruz de una de las órdenes militares más gloriosas de España.

Miraron como un predestinado al hombre que en la flor de su edad de aquel modo tenía en menos la halagüeña fortuna, con que el mundo le brindaba, y desde entonces le mostraron una especie de respeto que su austeridad y devoción aumentaban y engrandecían sobre manera.

De allí á pocos días acaeció la muerte del venerable Fr. Veremundo Osorio, que pasó á mejor vida consumido de caridad y con toda la paz y el sosiego del justo, y en



su lugar y como testimonio de veneración á su memoria, eligieron por sucesor suyo á Fr. Salvador Téllez Girón.

El nuevo abad trataba con dulzura verdaderamente paternal á todo el mundo: el rigor y la penitencia sólo consigo propio los usaba, y su mano no contenta con enjugar las lágrimas que la muerte de su predecesor había hecho correr en el país, derramaba sin cesar beneficios y consueos.

Apesar de tanta caridad, los monjes antes esquivaban su compañía que la solicitaban.

A veces encontrábanle paseando en un claustro solitario, y aunque pasasen junto á él, ni los sentía ni los saludaba; tan embebecido andaba en sus meditaciones.

Otras veces los que más cerca de él estaban en el coro oíanle pronunciar, en vez de los versículos sagrados, palabras incoherentes y sin sentido, cuya significación no comprendían, pero por el acento con que salían de su boca, sucedía que les dejaba helados de espanto.

Habitualmente permanecía encerrado en el oratorio de la cámara abacial, donde se guardaba la imagen de una Dolorosa de que años antes había hecho merced al monasterio; y arrodillado delante de ella pasaba las horas.

Parecía salida aquella virgen del pincel afectuoso y puro de Alberto Duero, así por la casta suavidad de la expresión, como por la corrección suma del dibujo y la delicada belleza de las líneas.

Había desaparecido de su rostro toda la flor de lozanía y de juventud con que los pintores han solido adornar á María; no quedaban más que los misterios del dolor en aquella frente pálida y marchita, y la gracia y la magia primitiva, propia de la madre de Dios, oscurecidas por las nubes del pesar.

Salvador, que según pudimos ver en el asalto del castillo de Alhama, era muy devoto suyo, acudió á demandarle su amparo y á mostrarle las heridas de su pecho: y en verdad que durante algunos días creyó que la reina de los ángeles le miraba

con amor, porque encontraba un inexplicable consuelo en contemplar su dulcísimo semblante, manantial para su alma de suaves y desconocidas imaginaciones, que tanto se asemejaban al recuerdo de las dichas pasadas, como á la esperanza de las venideras.

Y, sin embargo, absorto en la contemplación de aquella imagen soberana, poniéndola á manera de talismán sobre sus más enconadas llagas, y amándola con toda la efusión de su alma, sentía su corazón apartado de la paz del justo, y como codicioso y celoso del amparo de aquella purísima virgen. Más de una vez se preguntó con la sangre helada de terror si las memorias de su vida pasada no venían á mezclarse, disimuladas é invisibles en sus religiosas meditaciones; y si en aquel semblante angélico no le representaba la fantasía otro semblante que por largo tiempo se había aposentado en su alma.

Pero, ¿dónde, se replicaba sosegándose, dónde aquella belleza infantil y florida?

¿Dónde aquella frente en que la alegría

pusiera su asiento? Combates son estos del enemigo común, añadía ya con calma; velemos y estemos en pie porque anda alrededor de nosotros como león rugiente buscando víctimas que devorar.

Resistámosle con pecho fuerte, y andemos con valor nuestra jornada, pues que peregrinos somos en la tierra.—Así lo ponía en verdad por obra; pero sus combates interiores hacían su semblante cada día más adusto y sombrío, y daban á su voz cierto eco duro y destemplado que alejaba las gentes.

Un año se había pasado desde que le nombraron abad, y las cosas estaban en el estado que dejamos dicho, cuando una tarde que oraba delante de la Dolorosa de su oratorio, aconteció que nuestro conocido el padre Acebedo asomó presuroso por el cancel de la cámara, y se dirigió allá.

Abrió la puerta con mucho tiento, y vió al prelado de hinojos en la tarima del altar, tan embebecido, que no le sintió.

—Sí: razón tenía aquel santo varón, decía en voz baja y desconsolada; los es-

piritus de la calma no han venido á mi, y donde me fingí el descanso he palpado la incertidumbre y la pelea. ¡Oh virgen pura! ¿no está limpio todavía mi corazón de las aficiones terrenas, y moriré sin que cierre mis ojos un sueño de paz?

La soledad del lugar, la luz oscura y apagada que entraba por una estrecha y aguda ventana de vidrios de colores; y que apenas dejaba ver el bulto confuso del abad delante de la borrada imagen, de la Virgen y el acento desolado de aquellas breves palabras, amedrentaron al buen portero; así es que volvió atrás, hizo ruido y llamó al prelado, temeroso de enojarle si le sorprendía. Salió éste con aquel aspecto grave y recogido que tanto imponía á sus monjes, y le pregunto.

—¿Qué traéis, padre portero?

—Padre nuestro, respondió éste inclinándose, de dos días á esta parte cunde en los alrededores una superstición extraña.

Dícese que una maga, ó bruja, ó no sé qué visión, viene por las noches á la fuente de Diana, y tan amedrentados tiene á los

paisanos, que hasta los mismos criados del monasterio se excusan de llevar allí sus bueyes.

—¿Y no habéis vos procurado desvanecer semejantes mentiras? preguntó el abad con tono severo.

—Sí, padre nuestro, replicó el portero; pero, ¿de qué puede servir mi humilde opinión delante de supersticiones tan añejas?

—Bien está contestó el prelado: id con Dios, que yo atajaré semejantes desvaríos.

Por el camino que antiguamente guiaba á las Médulas, y que, según digimos en la primera parte, es un valle que en el día llaman *Foy de Barreira*, se encontraba á la mano derecha la linda y graciosa fuente de Diana, en una especie de retiro delicioso, que brindaba al pasajero con la sombra de sus árboles y la frescura de las aguas.

Las años y los hombres la habían, empero, destrozado, y sólo se conservaba el pedestal de la estatua derecha en medio del pilón aporcionado, y el torso mutilado de la Diosa misma caído por tierra á pocos pasos de distancia, y vestido de musgo y de yer-

bas silvestres. En aquel lugar había pasado las primeras pláticas de amor entre Salvador y María, y, sin embargo, acercábase aquél sereno y repuesto á semejantes sitios, porque allí mismo había ido á desafiar importunos recuerdos, y allí mismo entendió dejarlos vencidos.

Alumbraba la luna desde la mitad de los cielos espléndidos y azules, cuando Salvador llegó á la fuente.

Sus argentados rayos pasaban trémulos por entre los sauces que amparaban el manantial sagrado en otro tiempo, y con el leve movimiento de sus hojas fingían un encaje aéreo de reluciente plata que, al dibujarse en la rizada superficie del pequeño estanque, formaba un extraño mosaico, lleno de formas caprichosas y vagas.

Reinaba alrededor silencio profundo, y sólo el monótono murmullo del agua y el canto lejano y riquísimo del ruiseñor turbaban la calma de las soledades.

Como nada se divisaba por allí, el monje se sentó sobre la estatua de la Diosa, cuando un rumor semejante al del úra de la no-



che, sono á su lado, y vió pasar á la maga que, sin reparar en él, se sentó á la orilla de la fuente y se puso á mover las limpias ondas con su mano.

Maga debía de ser en verdad, porque ni su blanco y tendido velo, ni su estatura aventajada, ni su esbelto y delicado talle, ni su ropaje extraño eran de humana criatura. Levantóse Salvador como sobresaltado, y comenzó á observar los movimientos de aquella fantástica criatura, que vuelta de espaldas hacia él, pronunciaba al parecer misteriosas palabras, que se perdían entre el ruido de la fuente.

Levantóse á poco rato, y encaminándose hacia donde estaba el abad, quedó éste helado de un religioso terror, viendo delante de sí la virgen misma de su oratorio.

Venía andando lentamente, y, cuando ya llegaba cerca, pronunció, con triste y apagada voz, estas palabras del Cantar de los Cantares:

—«Sostenedme con flores, cercarme de manzanas, porque desfallezco de amor.»

—¡No era la virgen! Salvador dió un grito



de aquellos que hielan la sangre, y cayó sin sentido sobre la estatua de Diana.

Cuando volvió en sí, halló á la maga de rodillas junto á él, rociándole la cara con agua de la fuente. Levantóse entonces acelerado, quiso huir, y como si la mano del destino le sujetara, permaneció inmóvil mirando con ojos desencajados aquella blanca y melancólica visión, hasta que al fin exclamó con una voz que partía las entrañas.

— ¡María! ¡María! ¡Por qué tu sombra en estas soledades? ¡Qué has venido á pedir á los hijos de los hombres?

— ¿Quién eres tú, respondió ella con una particular sonrisa: tú cuya voz me trae á la memoria la imagen de mis pasadas alegrías?... Aquí mismo, continuó, yendo y viniendo con desatentados pasos; ¡qué mismo fui tan alegre y tan dichosa! Pero todo pasó y hoy ando sola por medio de los bosques y en el silencio de la noche, como la sombra de los muertos, y la corona se ha caído de mi cabeza.

Salvador entonces fuera de sí, se acercó

á ella y le asió una mano, sin que hiciese el menor ademán, antes le miraba con una infantil y prolija curiosidad.

—¡Esto es verdad! dijo Salvador; ¡mis manos estrechan esta manos! esto no es un antojo de mi loca fantasía. ¿Conque eres tú, María, la misma María?

—No soy la misma, replicó ella con gravedad, porque antes era María la dichosa, la bien querida, y hoy soy María la desdichada y la llorosa. Y sin embargo, añadió con una loca alegría, harlo más dichosa soy que antes, porque aquellas redes de hierro me abogaban, y ahora respiro el aire de la mañana en las alturas, y veo ponerse el sol, y salir las estrellas, y me siento en la orilla de las fuentes á platicar con los ángeles que bajan entre los rayos de la luna para consolarme. ¿Pero quién eres tú, que me has hablado con palabras tan dulces como las del hombre que amé en mis primeros años?

—Es que soy yo, yo, Salvador, mirame bien, ¿no me conoces?

—¿Quién? ¡tú Salvador! repuso ella pal-

ando su cabeza? ¿dónde están, pues, tus hermosos cabellos castaños? ¿dónde tu arco y tus flechas? ¿dónde tu arreo de cazador y la gentileza de tu persona?.... Y luego añadió como reflexionando: tú no puedes ser, porque Salvador baja también algunas veces en los rayos de la luna y trae una ropa resplandeciente, y no ese triste hábito que tú vistes.

—Está loca, ¡loca Dios mío! exclamó Salvador retorciéndose los brazos.

—¡Loca, loca! repuso ella repitiendo maquinalmente sus palabras; bien pudiera ser que lo estuviese, porque he llorado y sufrido tanto, que las lágrimas han consumido mi juventud y mi alma.

Dicho esto púsose á caminar alrededor de la fuente, cantando en voz baja versículos de Job y de Jeremías. Traía vestido e hábito de las novicias de San Bernardo, y una corona de flores marchitas en la cabeza: estaba flaca, descolorida y macilenta; de tanta lozanía y beldad solo quedaba el óvalo purísimo de su cara y sus rasgados ojos: y la Dolorosa del monasterio pudiera

pasar por traslado de aquella marchita hermosura. Salvador estaba allí á un lado sombrío y amenazador.

—Según eso, dijo con amargura, mis meditaciones, vigiias y plegarias, han sido incienso quemado en los altares de la tierra. Según eso, mis armas se han vuelto contra mí, y las piedras del santuario se han alzado para herir mi prosternada cabeza.

María pasaba entonces por delante de él cantando el versículo de Job.

—Hablaré con amargura de mi alma: diré á Dios «no quieras condenarme»: manifiéstame por qué me juzgas así:—Tenía razón el santo Osorio, dijo el monje después de una breve pausa: muerta estaba para mí, pero no para los pesares. Y yo la lloraba perdida en las soledades del Nuevo Mundo cuando ella me llamaba quizá desde el silencio del claustro . . . Es verdad, añadió mirándola; las penas han secado el tallo de la flor, y el soplo de la muerte se llevará sus hojas amarillentas, como el viento de la noche sus palabras desordenadas y

dulcísimas.—La monja pasó de nuevo entonando el verso de Job.

—«¿Por qué me sacaste de la matriz? ojalá hubiese perecido para que yo no me viera. Hubiera sido como si no fuera, desde el vientre trasladado al sepulcro.»—Y enseguida se paró delante del abad, y dijo con voz apagada.—«¡Oh, vosotros todos los que pasáis por los caminos, atended y ved si hay dolor semejante á mi dolor.»—Siguióse á estas palabras un profundo silencio, en que el eco lejano y distinto de las rocas repitió «¡semejante á mi dolor!»

—¡Oh! sí, murmuró Salvador con voz sorda; dolores hay que no caben en el corazón del hombre, y que solo deberían llegar en las alas del ángel de la muerte.

María se había vuelto á sentar en el borde de la fuente, y miraba á la luna con distracción profunda. Recio combate pasaba en tanto en el alma del monje, y clara muestra daban de él su agitación incesante y viva, y las sombrías ojeadas que lanzaba alrededor.

—¿Qué he de hacer? dijo por último en

voz alta? ¿La he de abandonar cuando Dios la ha privado de su razón y el mundo de su amparo? María, añadió acercándose á ella; es preciso que dejes este sitio y vengas conmigo.—Miróle ella fijamente y le contestó:

—Si ire tal, porque me hablas como quien se apiada de los infelices, y no me encerrarás entre las redes de hierro: ¿no es verdad? Mira, yo necesito ver los campos, las aguas y la luna, porque en su luz bajan los espíritus blancos que me hablan de mis pasadas alegrías.

Echaron á andar en silencio, y dado que la loca lo interrumpía alguna vez volviendo al cántico de las sagradas poesías, y se paraba á sacudir las gotas de rocío que á manera de líquidos diamantes colgaban de las ramas de los abetos, todavía llegaron á la puerta del monasterio, cuando no bien el alba comenzaba á reir. Paróse, sin embargo, la infeliz asustada, y dijo con desconsuelo:

—¿Sabes que me moriré si me vuelves á las rejas de hierro?

—Sí, respondió el abad con cariño; y por eso te llevo á unos campos llenos de flores y alumbrados por una luna resplandeciente.—Llamó enseguida al portero, y abrió éste la puerta de par en par: ¿pero cuál fué su asombro al ver aquel fantasma de mujer que cruzaba el ámbito de la porteria con paso lento y triste ademán? dió un grito de horror y se arrimó á la pared para no caer.—¿Estáis en vos, P. Acebedo? le dijo el abad agarrándole.

—¡Ah! ¿sois vos, padre nuestro? respondió el asustado portero con indecible alegría: ¿con que parece que vuestra paternidad la ha convertido al gremio de nuestra santa Iglesia?

—¿Qué estáis ahí hablando de conversión ni de Iglesia? replicó el abad no poco enojado.

—Sí, padre nuestro, á la maga ó bruja ó lo que es, que ha pasado por delante de mí...

—No cito sois en verdad: ¿no reparáis que es hermana nuestra, y que viste nuestro santo hábito? Está loca la infeliz, y sin

duda se habrá escapado de algún convento.

—Tal vez estará endemoniada, y entonces entre los dos censados estolazos y conjuros la podremos librar del enemigo malo y....

Adelante pasara en sus remedios, si una colérica mirada de su prelado no le atajase á lo mejor.

—Id, le dijo éste friamente, y preparad el *Retiro del Abad*, porque allí quiero que descansen esta desdichada, que tal vez la soledad y el sitio la curarán harto mejor que vuestros consejos.

El pobre portero caminó á prisa para cumplir lo que se le mandaba, no sin murmurar de la sabiduría de los prelados que siempre han de tener razón, por más que á los súbditos les sobre.

El retiro del Abad era la morada solitaria que había mandado construir el santo Osorio para pasar en ella los últimos días de su vida, y consistía en una reducida vivienda y una capilla en que se habían prodigado los primores del arte gótico.



Dominaba esta graciosa fábrica la *Hondonada del Naranco*, y á su vez, aunque más al á de la cerca de clausura, la ensñoreaban los negruzcos y descarnados peñascos que en el día sirven de límite occidental al Lago de Carucedo.

Llegábase al pequeño edificio por un largo y frondoso emparrado, y desde sus miradores se divisaban los frescos y floridos vergeles de la abadía, las verdes colinas de los alrededores, y la masa grave y severa del monasterio: mientras á los pies, y en una deliciosa hondura, se distinguían grupos de granados y cerezos, cuyos troncos desaparecían entre romeros y retamas, que por su parte hacían sombra á un reducido número de colmenas, cuyas abejas sin cesar susurraban entre las flores.

El único árbol corpulento que allí crecía era un robusto castaño, en cuyo ramaje anidaban las tórtolas y palomas torcaces.

En suma, era un sitio aquel que así se prestaba á los misterios de la meditación y de recogimiento, como á la contemplación de las escenas grandes y elocuentes de la naturaleza.

A este lugar condujo Salvador á María, y se separó de ella, diciéndole:

—Todo lo que ves puedes disfrutar y correr cuando quieras; también la luna platea estas soledades, y aquí tienes un altar para pedir á Dios que vengan á ti esos ángeles que te consuelan.

Dicho esto, se alejó en compañía del padre Acebedo, que por su parte habia cumplido con los deberes de la caridad trayendo del monasterio leche y frutas para alimento de la loca.

Esta se había quedado contemplando la salida del sol por entre los montes del Oriente, sin echar de ver la falta de sus compañeros, que por su parte llegaron á la abadía sin hablar palabra: el abad, á causa de la tormenta que trabajaba su alma, y el portero amedrentado de su ceño y ademán sombrío.

Nuestros lectores se servirán volver atrás con nosotros, y recordar el día en que María y su desdichada madre salieron aceleradamente de Carucedo, sin que supiésemos quienes eran, á dónde iban, ni qué

propósitos eran los suyos Hoy, que de todo estamos enterados, gracias al buen genio que acompaña la curiosidad de los historiadores, podemos anunciar que María era hija de un poderoso señor de Asturias, que don Alonso de Quirós se llamaba, y que de secreto se casó con nuestra Ursula, doncella de buen linaje, pero tan inferior á su esposo en bienes de fortuna y en calidad, que toda su parentela se desabrió con él por demás, y comenzaron á denostarle sin recato ni miramiento.

Tan adelante llevó las injurias un su deudo lejano, que don Alonso le provocó á singular combate: pero la fortuna, que tan ceñuda se le mostraba, tampoco de esta vez le favoreció, y quedó muerto en el campo, dejando á su mujer y á su hija de pocos meses, cercadas de viudez y orfandad espantosa.

Temiendo que Ursula reclamase algún día la herencia de su hija, aquel linaje orgulloso la persiguió y vejó en tales términos, que la infeliz, abandonada de todos y por donde quiera rodeada de lazos y de

asechanzas, se vino á refugiar al valle de Carucedo, atraída de la fama de las virtudes del difunto abad.

Ya sabemos el triste fin de aquel descanso que imaginaba sólido y seguro, y que la pobre mujer, viendo á su hija expuesta á las persecuciones de un hombre desalmado y poderoso, huyó sin esperar consejo de nadie y en alas de su terror, á buscar la protección de un caballero digno de este nombre, y que la amparase de sus perseguidores.

Pero las tribulaciones habían minado su vida, y la muerte la sorprendió en un pueblo de las montañas de León, llamado San Martín del Valle.

Con cuánta amargura cerrase los ojos esta desdichada, no hay por qué encarecerlo; baste decir que dejaba á su hija desamparada y sola en el mundo, y juguete de los malvados.

Sin embargo, como á veces la fuente del consuelo brota en el arenal mismo del dolor, aconteció que la abadesa de un convento de religiosas Bernardas, que había

en aquel pueblo, la asistió con todo el esmero de la caridad cristiana, y la prometió de mirar por su hija, con lo cual murió más resignada, encargando á ésta que buscara en el claustro un puerto contra las tempestades mundanas.

María por su parte, vuelta en sí de tan acerbo golpe, declaró el estado de su corazón á la piadosa abadesa, su nueva madre, y esta mujer, compadecida de la pobre huérfana, envió un mensajero al venerable Osorio, pidiéndole noticias de Salvador en una carta recatada.

Duraba todavía la guerra de Granada, y el buen religioso, postrado por una larga enfermedad, estaba ya abandonado por muerto cuando llegó el mensajero de la abadesa de San Martín.

Viendo frustrado el objeto de su viaje, procura éste al menos, como discreto, indagar el paradero de Salvador, que para todos era un misterio.

Sin embargo, como donde quiera hay gente que todo lo sabe, no faltó quien le dijo que los arqueros de don Alvaro Rebo-

lledo le habían preso y asesinado en su fuga, en venganza de la muerte de su señor.

Como quier que solo en nuestros indicios recogiese en sus pesquisas, dió la vuelta á San Martín, y á los pocos días tomó María el velo, y profesó, cumplido su noviciado.

Este velo santo, empero, no calmó la fiebre de sus dolores; y aquel corazón que no concebía más que el amor, que solo para amar había nacido, se secó cuando la esperanza se derramó de él como de vasija quebrada.

Era, por cierto, sobrado recio el combate que sin cesar trabajaba á aquella tierna y delicada criatura; así es que su razón se resistió al cabo de poco tiempo, y vino por fin á perderla del todo.

Sin embargo, su locura era dulce y apacible, y de continuo hablaba de las alegrías perdidas, de las aguas y de la luna.

Veíasela pasear á veces repitiendo versículos de los libros sagrados, que aplicaba casi siempre á su situación, y solo se mos-

traba placentera—mirando al astro de la noche y comunicando, según decía, con los ángeles blancos que venían á hablarle de las esperanzas del cielo.

Así se pasó mucho tiempo, hasta que un día su demencia pareció tomar otro carácter más sombrío, y comenzó á llorar amargamente, quejándose de que aquellos montes la ahogaban, y diciendo que iba á morir.

Estaba el monasterio de San Martín asentado en un valle angosto, cercado de peñascos y de silvestre aspecto, y como su situación encrudeciese la manía de la loca, la abadesa determinó trasladarla al de San Miguel de las Dueñas en el Bierzo, que todavía se levanta orillas del río Boeza en la feraz ribera de Bembibre, y en situación deliciosa.

Aquel país ameno y pintoresco aquietó por algún tiempo su ansiedad, pero poco tardó en decir que aquellas rejas la sofocaban, hasta que una noche escaló el muro de la huerta, y vagando por los montes, llegó al término de San Mauro, sin otro

alimento que raíces y frutas silvestres.

Volvamos ahora á Salvador, que ceñudo, callado y á paso lento entró en la cámara abacial.

Encerróse en su aposento, y paseándose, desatentado y como loco, y poniéndose la mano sobre el corazón:

—¿Con que es verdad, exclamó, que siempre la he traído fija y clavada aquí como un dardo del infierno? ¿Con que á ella me encomendaba de hinojos ante los muros de Alhama, por ella lloraba en los bosques de Guanahani, y delante de ella he venido á postrarme en el retiro del claustro? La piedra busca su centro, sin poderlo evitar; los rios se arrastran al Océano, y el hombre cumple su destino. En vano vela y despedaza su cuerpo, porque la hora llega, y todo se acaba.

En realidad era su suerte en demasía miserable, y no es de extrañar que dudase y se desesperase.

De esta suerte se pasaron algunos días, y los monjes de San Mauro se preguntaban unos á otros:



—¿Qué tendrá nuestro buen prelado, que los ojos se le hundan, el rostro se le seca y de día en día se consume? ¿Para qué asistirá siempre al coro si acaso está enfermo, ni para qué caminará de esa suerte el primero por la senda de la penitencia?

Enfermo estaba en verdad, y no poco, porque su espíritu era un verdadero campo de batalla, y sus fuerzas desfallecían de tanto pelear.

Al contrario la monja se mejoraba y sosegaba de día en día, y muchas veces se le oía cantar con tono menos triste. Visitábala siempre Salvador en compañía de algún religioso, y sus palabras si bien llenas de dulzura, eran graves y comedidas.

Verdad es que más tarde, y en la soledad de su celda, se revolcaba por el suelo como San Jerónimo en el desierto, pero sus monjes nada adivinaban: tal era su circunspección y reserva.

La fuga de María alarmó, como era natural, á las religiosas de San Miguel, y por todas partes despacharon avisos y mensajeros en busca suya.

Uno de ellos, después de haber corrido todas las montañas de la Guina, llegó por fin á San Mauro y entregó al abad una carta, dándole además cuenta de su mensaje.

Púsose aquel pálido como la muerte; pero reponiéndose al punto, respondió al mensajero que la religiosa extraviada estaba allí, pero que de tal modo adelantaba en el recobro de su razón, que había resuelto guardarla por unos días más, después de lo cual él mismo la acompañaría con dos monjes y la dejaría en su casa.

Otro tanto dijo por escrito á la abadesa, y con esto despachó al mensajero que sin perder tiempo dió la vuelta á San Miguel.

Largo tiempo permaneció el abad sentado en su taburete, revolviendo en su encendida imaginación mil encontrados y locos proyectos, como quien está en vísperas de una de aquellas crisis tremendas que deciden de la vida entera.

¡Eso no! dijo por fin levantándose como un león herido: apartarla de mí es im-

posible. He registrado los lugares más secretos de mi corazón, y en ninguno encuentro fuerza para llevar á cabo tan horrible propósito.

Salió en seguida de la celda, y solo y con acelerados pasos se encaminó al Retiro del abad.

No estaba en él María, pero al punto la divisó sentada al pie de un romero y cerca de una colmena, mirando con atención la actividad de las solícitas abejas.

Llegóse á ella y le dijo:

—¡María, mírame bien! ¿no te trae mi voz á la memoria el recuerdo de tus días alegres?

—Sí, respondió ella con ingenuidad; ya te lo he dicho otra vez.

—Pero, ¿no me conoces, añadió él con ansia! ¿no conoces á tu Salvador?

Midiole la doncella de alto á bajo con sus lánguidos y hermosos ojos, y le replico:

—No: tu no eres Salvador; porque mi amante había nacido para llevar el arco de los cazadores, ó el casco de los guerrero y no el hábito de los monjes.

Salvador se quedó por un rato suspenso, y enseguida con la velocidad del rayo, tomó el camino de la abadía.

En verdad que si hubiera reparado en la escena que á su alrededor se ofrecía, tal vez hubiera reflexionado más la extraña resolución que acababa de tomar, porque el cielo estaba cubierto de pardas y pesadas nubes, el aire caliente y espeso; los ciervos corrían bramando por las montañas, volaban los pájaros como atontados, y en las entrañas de la tierra oíanse una especie de rugidos sordos y amenazadores.

Otra no menos tempestad, empero, rugía en el alma del desdichado, y así sin hacer caso del trastorno que padecía amargar á la naturaleza, llegó á su celda, vistióse por debajo de sus hábitos el traje de cazador que usó en sus primeros años, ocultó asimismo entre sus ropas el arco y flechas y su gorra con plumas, y tomando en las manos su antiguo rabel, enderezó de nuevo sus pasos hacia la Hondonada del Naranco.

Poco tardó en oirse entre las retamas el

son del instrumento que acompañaba una canción de caza; y María, como si despertase del letargo de su locura, se levantó trémula, palpitante y escuchando con ansiedad, hasta que por fin exclamó:

—¡Salvador, Salvador!

Salió este entonces con el gentil arreo de cazador, y la doncella delirante y fuera de sí vino á caer desmayada entre sus brazos. Mucho tardó en volver en sí, hasta que por último repuesta ya, tornó á abrazar á Salvador diciéndole con inefable ternura:

—¡Salvador! ¡alma mía!

—¡María! ¡amada de mi corazón! respondía éste, cuando la gorra de cazador se le desprendió de la frente y descubrió la cabeza rasurada y el cerquillo de un monje.

La doncella al verlo desatóse de sus brazos como pudiera de los lazos de una serpiente; miró con zozobra en torno suyo y vió el hábito de Salvador caído entre los brazos: reparó en seguida en su propio ropaje; lanzó una mirada errante y desen-

cajada al convento, y como con aquel sacudimiento repentino recobrase su razón, mil ideas tan claras como espantosas se agolparon en su mente, y exclamó cubriéndose la cara con ambas manos:

—¡Oh desgraciado, desgraciado! ¿Cómo has podido abusar así del infortunio de una loca ofrecida á Dios, tú que también has hecho tus votos delante de los altares? ¿Cómo has podido arrojar á tus pies ese hábito que para santificarte tomaste?

¡Vuelme á mi claustro solitario, y déjame morir con mi inocencia!

Salvador se quedó confuso y como anonado por un rato, mordiéndose los labios y con los ojos clavados en tierra, hasta que con resolución desesperada le dijo, señalando su hábito caído:

—¡Sí: lo he hollado porque me separaba de tí, y porque todo lo atropellaria para llegar donde tú estas! ¿Sabes que después que te perdí he sido poderoso y afamado, y que la nombradía y la riqueza me parecieron sin tí lodo despreciable? ¿Sabes que por huir de tu memoria me acogí como tú

á un altar, y que el altar me rechazó, y que el destino, con ímpetu irresistible, me ha lanzado á tus pies? Pues bien; ¡cúmplase mi estrella! ¡ya nunca me separaré de tí, y al que quisiera dividirnos le arrancaría el corazón con mis manos!

En esto un bramido sordo se oyó allá en el seno de los montes, y la doncella dijo acongojada:

—¿No temes que la tierra se abra debajo de tus pies, y que tus palabras te separen de mí por toda la eternidad?

Aumentóse entonces el ruido subterráneo, y el suelo comenzó á tembrar bajo sus pies:

—¡Oh! añadió la virgen con las manos juntas; vuélveme al santo asilo de donde me arrancó mi locura, que tenemos al cielo irritado y la muerte nos cerca por todas partes!

—No, respondió Salvador, ciego de amargura y de despecho; ¡jamás me separaré de tí, y venga la muerte á sorprenderme á tu lado con tal que rueda yo en tus brazos por los abismos sin fin de la eternidad!

No bien acababa de pronunciar estas palabras, cuando estalló el terremoto con la mayor violencia: vino á tierra estrechamente el R tiro del Abad; cayóse igualmente la cerca de la clausura, y de los peñascos que enseñoreaban la hondonada brotó con fragor horrible una catarata semejante á las del diluvio, que se despeñó inundando y arrastrándolo todo.

—¡Oh, Dios mío. Dios mío! exclamó María cayendo de rodillas, ¡perdón para nosotros!

Tomóla Salvador en sus brazos y abalanzóse á subir el repecho; pero un trozo del edificio, que rodando venía, arrastró consigo á los dos desdichados, que desaparecieron bajo el remolino de aquella súbita inundación.

Los monjes, asustados del terremoto y del estrépito de la catarata que ya invadía los sotos y la huerta del monasterio, salieron de tropel y subieron al Campo de la Legión, donde de rodillas y con las manos juntas rogaban á Dios. Aquel diluvio subterráneo continuaba en tanto vomitando su



enorme columna de agua, y en menos de una hora ya toda la abadía presentaba la superficie turbia y alborotada de un lago tormentoso, por donde de trecho en trecho asomaban las cimas de los árboles más altos y las torres de la iglesia, como los mástiles de un navío e losal sorbido por las olas.

Entonces fué cuando un extraño espectáculo atrajo las miradas de todos los monjes, y era que un ropaje blanco y negro, como sus hábitos, flotaba sobre las aguas, como el manto del Señor cuando caminaba con pie enjuto sobre la mar irritada, mientras un cisne de b'ancura resplandeciente, alzándose del agua y posándose en la cima de las rocas de donde brotaba la inundación cantó con una dulzura y tristeza como si á morir fuese; después de lo cual levantó el vuelo y se perdió en las nubes.

Acordáronse al ver esto del prelado, á quien algunos habían visto encaminarse al Retiro del Abad, y de la pobre loca; y sobre ellos y sobre la aparición del hábito y del cisne se formaron extrañas conjeluras

que cada uno glosaba y co'oreaba á gusto de su imagiuación, si bien todos estaban acordes en que un gran pecado debió producir tamaño trastorno. De todas maneras, los monjes consternados y privados de su asilo, se retiraron á Caruce'o, rico monasterio, situado en la ribera del Cua; y en el país quedó la tradición que acabamos de contar.

### CONCLUSIÓN

Y es lástima en verdad que todo ello no pase de una de aquellas maravillosas consejas, que donde quiera sirven de recreo y de alimento á la imaginación del vulgo, ansiosa siempre de cesas milagrosas y extraordinarios sucesos; porque el asunto despojado de la hojarasca teológica de «mi lio don Anastasio el cura» que decía el barquero; y salva la flojedad y desaliño del curioso viajero, no deja de ofrecer interés.

Por lo demás, el Lago de Carucedo tiene

el mismo origen que la mayor parte de los otros, y lo único que le ha producido son las vertientes de las aguas encerradas en un valle sin salida.

Por otra parte es más que probable que ya en tiempos de los romanos existiese, porque las cercanías están llenas de vestigios de estos valerosos conquistadores, y suyo, y no de otra mano, parece el conducto subterráneo por donde esta hermosa balsa de agua descarga en el Sil parte de sus caudales, y que desemboca por debajo del pueblo que llaman Peña Rubia. Tal es la verdad de las cosas desnuda y fría como casi siempre se muestra.

El mundo en sus días de gloria y de  
fuerza y de unidad de la humanidad  
se veía en las grandes ciudades de  
los siglos pasados en sus templos y  
en sus monumentos. Los hombres  
de entonces vivían en un mundo  
de fe y de esperanza. El mundo  
de hoy es un mundo de dudas y  
de desesperación. El mundo de hoy  
es un mundo de dolor y de sufrimiento.  
El mundo de hoy es un mundo de  
guerra y de muerte. El mundo de hoy  
es un mundo de tristeza y de desesperanza.



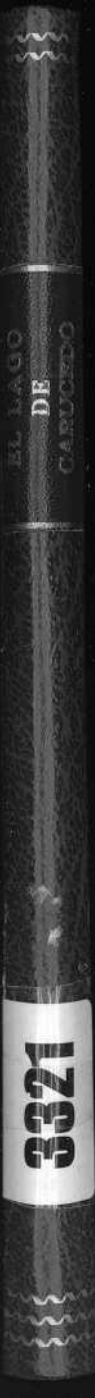




EL LAGO

331





**E32 E30**